



Capítulo 2

Definición de la Pobreza

No me pregunten qué es la pobreza, ustedes la han visto frente a mi casa. Miren la casa y cuenten el número de agujeros. Vean mis utensilios y la ropa que tengo puesta. Examínenlo todo y describan lo que ven. Esa es la pobreza.

—Un hombre pobre de Kenya, 1997

La pobreza es sentir humillación, tener una sensación de dependencia, verse obligado a aceptar un trato grosero, insultante e indiferente, cuando uno solicita ayuda.

—Latvia 1998

En este capítulo se analizan las definiciones de la pobreza hechas por la propia población pobre y recogidas en las evaluaciones de la pobreza con la participación de los afectados (EPPA). Empleamos un enfoque inductivo para averiguar cuáles aspectos de la pobreza son significativos para los que la padecen y para determinar cómo la caracterizan. Este enfoque nos exigió dejar a un lado nuestros prejuicios y supuestos acerca de las cosas que son importantes para la población pobre, el papel de los diversos sectores en la reducción de la pobreza, las diferencias regionales y de género, y el marco conceptual óptimo para entender el problema de la pobreza. La organización de este capítulo y los conceptos que utilizamos en él se basan, por lo tanto, en los resultados de nuestro análisis de las definiciones de la pobreza antes mencionadas.

Son seis los principales resultados emanados de este análisis:

- Muchos factores se conjugan para hacer que la pobreza sea un **fenómeno con múltiples facetas** estrechamente relacionadas entre sí.
- La pobreza se define comúnmente como la falta de lo necesario para asegurar el **bienestar material**, en particular alimentos, pero también vivienda, tierras y otros activos. En otras palabras, la pobreza entraña una carencia de muchos recursos que da lugar al hambre y a privaciones físicas.
- Las definiciones formuladas por la propia población pobre revelan importantes **aspectos psicológicos** de la pobreza. Los pobres tienen una profunda conciencia de que su falta de voz, poder e independencia los expone a la explotación. Su pobreza los hace vulnerables a un trato grosero, humillante e inhumano por parte tanto de los particulares como de los funcionarios públicos a quienes acuden en busca de ayuda. Los pobres también hablan del dolor que les produce el verse obligados a quebrantar las normas sociales y el no poder mantener su identidad cultural participando en sus tradiciones, festejos y rituales. Esta incapacidad de participar plenamente en la vida de su comunidad lleva a la desintegración de sus relaciones sociales.
- La falta de **infraestructura básica** —en particular caminos (en las zonas rurales), medios de transportes e instalaciones de abastecimiento de agua— es un problema de importancia crítica. En los países de Europa oriental y la antigua Unión Soviética, donde los inviernos son muy crudos, el hecho de que no haya servicios eléctricos cuyo costo pueda afrontar la población es motivo de gran preocupación.
- Con frecuencia hay gran temor a **las enfermedades** debido a que llevan a muchas familias a la miseria, porque no hay suficientes servicios de salud y el costo de los existentes es elevado, y las personas enfermas no pueden ganarse la vida. Aunque se considera que la alfabetización es importante, la actitud respecto de la **escolarización** es mixta: en ciertos casos se le atribuye un gran valor, pero a menudo no se considera como un factor pertinente para las vidas de los pobres.
- Los pobres centran su atención en los **activos** más bien que en los ingresos, y consideran que su carencia de activos físicos, humanos, so-

ciales y ecológicos está vinculada a su vulnerabilidad y susceptibilidad a los riesgos.

Este capítulo analiza ante todo el carácter polifacético de la pobreza, el bienestar material y el bienestar psicológico. Seguidamente examina la función de la infraestructura y de los activos de los pobres. El análisis de este último tema abarca los activos físicos, humanos, sociales y ecológicos. El capítulo concluye con el estudio del grupo grande de población de Europa oriental y la antigua Unión Soviética cuya pobreza data de fecha reciente (estudio de caso 2.1).

La pobreza es polifacética

La evidencia disponible sugiere que la pobreza es un fenómeno social polifacético¹. Las definiciones de la pobreza y sus causas varían en función del género, la edad, la cultura y otros factores sociales y económicos. Por ejemplo, en las zonas tanto rurales como urbanas de Ghana los hombres relacionan la pobreza con la falta de activos materiales, mientras que las mujeres la definen como la inseguridad alimentaria. También existen diferencias generacionales. Para los hombres más jóvenes de Ghana, la capacidad de obtener un ingreso es el activo más importante, pero para los hombres de más edad del país es más significativa la posición social relacionada con el estilo de vida agrícola tradicional (Ghana, 1995a).

La posición social y la ubicación de una persona influyen en su percepción de las causas de la pobreza. En Madagascar, por ejemplo, los agricultores vinculan la pobreza con la sequía, la población pobre de las zonas urbanas la relacionan con el aumento de los precios y la disminución de las oportunidades de empleo, y los ricos la atribuyen al «deterioro de los términos de intercambio nacionales e internacionales, al abandono de las tradiciones y normas malgaches, a la falta de motivación de ciertas clases y grupos, a la liberalización de los precios y a la devaluación, a la falta de educación y de un buen gobierno» (Madagascar, 1996).

La pobreza nunca se produce debido a la falta de un solo elemento, sino que es consecuencia de múltiples factores relacionados entre sí que inciden en las experiencias de la gente y sus definiciones de la pobreza. En la región de Mindanao de Filipinas, las mujeres dicen: «Hervimos plátanos para nuestros hijos si no tenemos otra cosa que darles de comer. A veces, cuando el departamento de agricultura distribuye semillas de maíz, las cocinamos en vez de sembrarlas» (Filipinas, 1999). Las familias piden dinero prestado para comprar las semillas, y como después no pueden reembolsar los préstamos, se perpetúa el ciclo de la pobreza.

En Armenia los cambios estacionales, la falta de ahorros y las necesidades inmediatas de dinero en efectivo son factores que se conjugan para perpetuar la pobreza de los agricultores:

Para poder arreglarse, los agricultores venden o intercambian los productos que cosechan a principios del verano o en el otoño cuando los precios son bajos. Un ejemplo es el trueque de dos

kilos de miel por un suéter para un niño pequeño, y de 10 kilos de queso por un par de zapatos. Un padre explica: «En realidad no tenemos ingresos entre agosto y septiembre. Por lo tanto, tenemos que recurrir al trueque y usar los productos como dinero. El año pasado recogí las papas que sembré a mediados de agosto y las llevé a Khapan para venderlas. Entonces compré algunas de las cosas que los niños necesitaban para ir a la escuela en septiembre. Esto nos perjudicó económicamente porque las papas nos hubieran dado más dinero si las hubiéramos vendido más tarde en la temporada... Por lo general intercambiamos papas y trigo por abrigos. Pero en estos momentos no tenemos nada que intercambiar». —Armenia, 1996

En Guatemala, un indígena cackchiquel que trabaja como jornalero en tareas agrícolas señaló lo siguiente: «Durante los últimos ocho años nuestra pobreza se ha intensificado: no podemos comprar muchas cosas para comer y cuando llueve sufrimos porque no tenemos trabajo y todo está muy caro ... Aquí en la comunidad tenemos pocas esperanzas de poder vivir mejor con lo que ganamos. Tenemos muchas necesidades, pero sobre todo de alimentos, pues no tenemos bastantes; tampoco tenemos un lugar donde vivir ni los recursos para pagar un alquiler» (Guatemala, 1994b).

Estas múltiples facetas relacionadas entre sí que tiene la pobreza se reflejan claramente en los criterios utilizados por los pobres para diferenciar las categorías de personas ricas, de ingreso mediano y pobres, y también en sus comentarios acerca de la vulnerabilidad. (Véase el Recuadro 2.1 en relación con los indicadores de la riqueza y la pobreza en Viet Nam).

Las definiciones de la pobreza formuladas por la propia población pobre son profundas y matizadas. De hecho, algunas les resultarán conocidas a los estudiosos del problema de la pobreza. En Swazilandia se hace una distinción entre los «pobres temporales» y los «nuevos pobres». Los primeros se definen como «aquellas personas que podían alimentarse a sí mismas antes de la sequía, pero que ahora están hambrientas, los productores de algodón que antes eran prósperos y que ahora tienen que luchar como nosotros», y los segundos como «personas que antes eran ricas y a quienes los cuatrerros les han robado su ganado; viudas que habían heredado ganado de sus maridos, pero que ahora no tienen nada que vender para poder darles una educación a sus hijos» (Swazilandia, 1997).

También existen importantes diferencias. El grado de dependencia se perfila como un criterio importante de clasificación. En Ghana, por ejemplo, los pobres no sólo establecen una distinción entre ricos y pobres, sino también entre diferentes categorías de pobres basadas en la tenencia de activos y el grado de dependencia. Los ricos se definen como aquellas personas «que pueden alimentar bien a sus hijos; que viven en casas buenas que después dejarán a sus descendientes, y que están en condiciones de ayudar a otros». En el otro extremo están las personas que crónicamente padecen de hambre, a

Recuadro 2.1. Resumen de los indicadores de riqueza en los hogares descritos por los pobres de Viet Nam

Hogares relativamente acomodados

- Poseen viviendas sólidas y estables que por lo general se renuevan cada 15 años.
- Tienen medios de transporte, ya sea una moto o una bicicleta, o ambas cosas.
- Poseen un aparato de televisión o de radio, o ambas cosas.
- Pueden mandar a sus hijos a la escuela.
- Nunca experimentan falta de dinero, incluso después de haber comido o vendido lo que han cosechado.
- Son capaces de ahorrar dinero.
- Tienen un huerto con plantas y árboles productivos.

Hogares de nivel mediano

- Tienen una vivienda estable que por lo general no necesita renovarse antes de 10 años.
- Poseen un aparato de televisión o de radio, o ambas cosas.
- Tienen bastantes alimentos para todo el año.
- Pueden mandar a sus hijos a la escuela.
- Tienen un pozo o acceso fácil al agua.

Hogares pobres

- Tienen viviendas inestables, muchas construidas con barro.
- No tienen ni televisión ni radio.
- No les es posible ahorrar dinero.
- Quizás tienen hijos que no pueden ir a la escuela o que tienen que abandonarla prematuramente.
- Suelen tener bastante comida hasta la próxima cosecha, aunque a veces carecen de alimentos durante uno o dos meses al año.
- No pueden aprovechar los recursos naturales que tienen a su alrededor en beneficio propio.

Hogares muy pobres

- Tienen viviendas muy inestables que con frecuencia necesitan reconstruirse cada dos o tres años.
- Carecen de pozos o fácil acceso a agua potable.

Fuente: Viet Nam, 1999a

las que describen como extremadamente pobres, siempre necesitadas o en situación patética (Ghana, 1995a).

Las personas muy pobres se dividen a su vez en dos amplios grupos. El primero, «los pobres de Dios», abarca a las personas cuya situación se caracteriza por factores para los cuales no hay un remedio evidente: incapacidad, edad, viudez, ausencia de hijos. El segundo, «los pobres sin recursos», incluye a inmigrantes viudos y otras personas sin tierras. Entre los dos extremos de personas ricas y personas muy pobres se encuentran «las personas que sufren privaciones pero que son muy trabajadoras, y las personas que no son tan pobres o que no viven al día».

Grupos de mujeres en Uganda distinguen tres categorías de personas pobres: los pobres, los más pobres y los que se encuentran en situación de total dependencia. La categoría de pobres incluye principalmente a los jornaleros que trabajan en las tierras o embarcaciones de otros a cambio de alimentos o de dinero, pero que viven en una choza en su propia parcelita. Los más pobres carecen de vivienda, pero trabajan a cambio de alimentos y viven en las tierras de los ricos. La categoría de personas en situación de total dependencia comprende a las madres a cargo de familias monoparentales, los discapacitados y los ancianos que no poseen nada y no pueden trabajar, y que en consecuencia dependen por completo de los servicios estatales o de la ayuda de terceros (Uganda, 1998).

Bienestar material

Uno nunca puede comer hasta llenarse, ni saciar su sed, ni dormir hasta que ya no está cansado. —Senegal, 1995

Es el costo de la vida, los bajos salarios y la falta de empleos. Y también la carencia de medicamentos, de alimentos, de ropa. —Brasil, 1995

Cada mañana voy al colegio sin desayunar nada. Al mediodía no me dan almuerzo, en la noche recibo una cena ligera y eso no es bastante. Así que cuando veo que algún otro niño está comiendo, lo miro y si no me da nada, tengo la sensación de que me voy a morir de hambre. —Un niño de 10 años, Gabón, 1997

Seguridad alimentaria

Con frecuencia tiene que decidir quién va a comer, si ella o su hijo. —Ucrania, 1996

Los aspectos materiales de la pobreza son bien conocidos. El hambre y la inseguridad alimentaria siguen siendo los problemas básicos en esta esfera. Para las familias pobres, la satisfacción de sus necesidades más básicas de alimentos, agua y alojamiento puede constituir una lucha diaria; esta situación se agudiza si la familia está afectada por el desempleo y el subempleo, o por

la falta de tierras productivas u otros activos que producen ingresos. En Viet Nam (1999a), la gente con frecuencia no tiene bastante para comer; un anciano describe la situación de la forma siguiente:

Por la mañana, comer batatas, trabajar.

A la hora del almuerzo, nada que comer.

Por la noche, comer batatas, dormir. —Viet Nam, 1999a

Para los pobres de Guatemala, la pobreza consiste en «tener una alimentación y una vivienda inadecuadas» y en «verse obligados a depender de la caridad» (Guatemala, 1997a). En Camerún, los pobres se distinguen a sí mismos de los que no lo son en función de cinco criterios básicos: «Hambre en los hogares; menos comidas al día y una dieta deficiente; uso de un mayor porcentaje de los exiguos e irregulares ingresos para comprar alimentos; pocas fuentes de ingresos en efectivo o ninguna, y sensación de impotencia e incapacidad para hacerse escuchar» (Camerún, 1995). Según los pobres de la República de Moldova, «los peores aspectos de la pobreza son el hambre, la mala salud, la falta de ropa apropiada y la vivienda deficiente» (República de Moldova, 1997).

Las EPPA están llenas de ejemplos de hogares que tienen que reducir la calidad, cantidad y frecuencia de las comidas para afrontar situaciones difíciles. En Nigeria, la pobreza se identifica con la inseguridad alimentaria típica de la época anterior a la recogida de las cosechas y con dietas monótonas y basadas primordialmente en féculas. Los más pobres sólo comen alimentos viejos y ya pasados (Nigeria, 1995). Los pobres de Swazilandia y Zambia tienen que depender de productos que por lo general no se comen y a los que se acude sólo en épocas de hambruna, como raíces y hojas sacadas de los matorrales (Swazilandia, 1997; Zambia, 1994). En Madagascar, los más pobres son los que tienen que saltarse sistemáticamente comidas (Madagascar, 1996), mientras que en Guatemala son los que se ven obligados a comer cualquier cosa que encuentren (Guatemala, 1993). Los pobres que viven en los barrios de tugurios de Phnom Penh, Camboya, manifiestan que han reducido el número de comidas que hacen al día, de tres a dos y, en ocasiones, a sólo una (Camboya, 1998). Para la gente de Ucrania los peores aspectos de la pobreza son el hambre y los efectos que la malnutrición tiene en la salud. Algunos de los encuestados en zonas rurales de Ucrania dicen que no son realmente pobres porque todavía no se están muriendo de hambre (Ucrania, 1996). En Togo, los pobres identifican la pobreza con la incapacidad de trabajar a causa de los efectos de la malnutrición (Togo, 1996).

Empleo

Los ricos tienen un empleo permanente, los pobres sólo son ricos en los muchos empleos que tienen que realizar. —Un hombre pobre de Pakistán, 1996

A medida que se reduce el tamaño del sector estatal, se esfuman las oportunidades de empleo. —Ucrania, 1996

Ser pobre equivale a estar siempre cansado. —Kenya, 1996

Particularmente para quienes no tienen tierras o la posibilidad de cosechar sus propios alimentos en tierras de terceros, el acceso a empleos asalariados estables se perfila como un importante factor definitorio de la pobreza. Los pobres casi nunca pueden encontrar empleos remunerados permanentes ni en el campo ni en las ciudades. Los que carecen de tierras tienen que acudir al sector informal, a empleos ocasionales o al trabajo como jornaleros, actividades todas que se caracterizan por la inseguridad y el bajo nivel de remuneración.

En Sudáfrica los pobres se definen como «los que no tienen un trabajo estable», y las comunidades pobres se caracterizan por una falta generalizada de empleos en el sector formal. Los pobres de hecho tienen «muchos empleos pequeños, en los que con frecuencia las condiciones son peligrosas, en vez de un solo trabajo» (Sudáfrica, 1998). En Etiopía, el mercado laboral es inestable y se considera que la vulnerabilidad causada por el desempleo está aumentando (Etiopía, 1998). En Ghana, la población pobre de las zonas urbanas manifiesta que las oportunidades de empleo han disminuido y ha aumentado el número de personas que acude al sector informal para sobrevivir (Ghana, 1995b). El generalizado deterioro económico sufrido por Senegal ha provocado un pronunciado descenso de los ingresos en el sector informal (Senegal, 1995). Un hombre pobre de Letonia dice que su familia lo abandonó cuando perdió su trabajo como enlucidor. Ahora hace trabajos ocasionales por los que recibe una comida gratis y a veces un poco de dinero (Letonia, 1997).

En muchos casos las mujeres son la fuente principal de ingresos en la familia y, según información aportada por varios países, se están dedicando a actividades de todo tipo. Estas actividades van desde el trabajo doméstico remunerado hasta ocupaciones que tradicionalmente se han considerado masculinas, como trabajos industriales en el sector informal y en empresas comerciales y de servicios, y trabajos de muchas clases que exigen la emigración a otros países (República de Moldova, 1997; Georgia, 1997 y Pakistán, 1993).

Bienestar sicológico

Las personas pobres tienen que existir para servir a los grandes, a los ricos. Así es como Dios ha hecho las cosas. —Brasil, 1995

Pobreza significa falta de libertad, esclavitud provocada por la agobiante carga que debe soportarse a diario, depresión, temor a lo que deparará el futuro. —Georgia, 1997

Aunque es un fenómeno material, la pobreza produce efectos sicológicos —como la angustia de no poder alimentar a los hijos, la inseguridad de no saber cómo se podrá obtener la próxima comida, la vergüenza de no tener alimentos— que tienen un gran impacto simbólico. Un padre de Guinea-Bisau manifiesta: «Cuando no tengo [comida que traerle a mi familia], la tomo prestada, principalmente de mis vecinos y amigos. Me da vergüenza ver a mis hijos cuando no tengo nada con que ayudar a alimentar a la familia. No me

siento bien cuando estoy desempleado. Es horrible» (Guinea-Bissau, 1994). Muchos padres dicen que debido a la inseguridad alimentaria ellos pasan hambre para que sus hijos no se mueran de hambre. Según padres de Brasil, la pobreza es «venir a casa, ver que nuestros hijos tienen hambre y no tener nada que darles» (Brasil, 1995). Una madre de Tanzania pregunta: «¿Cómo puede uno soportar que sus hijos estén hambrientos día tras día?» (República Unida de Tanzania, 1999).

La angustia que produce la decisión de abandonar a un bebé para aumentar las probabilidades de que esa criatura —o la familia— pueda sobrevivir es muy profunda. En Tbilisi, Georgia, son cada vez más numerosos los casos de abandono de bebés en las maternidades, y también los de venta de niños por las madres para poder seguir manteniendo a sus otros hijos. Una persona encuestada oyó que una mujer vendió a su hijo por 500 dólares para poder sostener al resto de su familia, y otra vio a una mujer joven en las cercanías de la estación central de trenes de Tbilisi tratando de vender a su hijo a los transeúntes, y diciéndoles: «Este niño se morirá de hambre, llévenselo aunque no me paguen» (Georgia, 1997).

Una mujer de Uganda afirma: «Cuando uno es pobre, carece de influencia en la vida pública y se siente inferior. No tiene que comer y el hambre reina en su hogar; no tiene ropa; su familia no progresa» (Uganda, 1998). Los pobres con frecuencia hablan de acudir a Dios para encontrar consuelo, solaz y apoyo. Un hombre pobre de Pakistán señala: «De la misma forma que Dios le da alimentos a un diminuto insecto que vive entre las piedras, se asegura de que tengamos bastante comida para subsistir» (Pakistán, 1996). En Nepal, los pobres hablan de sus temores: «El temor al mal comportamiento por parte del patrón, a los problemas con la policía. Los pobres siempre temen que los ricos los exploten». Las mujeres relatan el miedo que les produce andar solas. «Incluso las categorías de bienestar que establecen los propios pobres ponen de relieve el aspecto psicológico de la pobreza: los pobres sumidos en la miseria que atraviesan tiempos difíciles; los pobres que van tirando, a quienes les va bien; las personas felices» (Nepal, 1999).

La pobreza puede exponer a la gente al ridículo. En Letonia, los pobres «se sienten humillados por la presión que, a su entender, se ejerce sobre ellos para que mendiguen a fin de obtener ayuda y para que aguanten el trato descortés, despectivo y moralista que les dan los funcionarios de los servicios de asistencia social» (Letonia, 1998).

Los hombres y mujeres pobres describen la vergüenza, el estigma y la humillación que causa la pobreza. En Letonia, los padres describen el bochorno de sus hijos cuando los echan a un lado en la escuela porque reciben almuerzos gratuitos, porque llevan ropa raída de segunda mano, o porque tienen que usar material fotocopiado para las clases. «Los niños que reciben almuerzos gratuitos tienen que comer en una mesa aparte, reciben comida de peor calidad y se sienten humillados porque otros niños los acusan de comer con el dinero de los demás, a pesar de que algunos padres hacen trabajos comunitarios para la municipalidad a fin de pagar esos almuerzos» (Letonia, 1998). En Ucrania, los maestros dicen que es fácil distinguir los niños de los

ricos, que usan ropa elegante, de los niños de los pobres, muchos de los cuales se desmayan de hambre durante la clase (Ucrania, 1996). En Armenia y Georgia, los padres dicen que para los niños es traumático tener que usar ropa vieja, que se sienten tan avergonzados que se niegan a ir a la escuela (Armenia, 1996; Georgia, 1997).

Poder y voz

Los ricos son los que pueden ahorrar y vender parte de su cosecha cuando suben los precios. —Un hombre pobre de Níger, 1996

Uno sabe qué es lo correcto, pero no puede hacerlo. En otras palabras, uno sabe qué es lo que debe hacer, pero carece de los medios necesarios. —Ghana, 1995a

Algunos tienen tierras, pero no pueden comprar fertilizantes; los que trabajan en las hilanderías no están bien remunerados y los que son jornaleros no reciben un salario justo. —Un indígena cackchiquel de Guatemala, 1994b

Pobreza significa trabajar más de 18 horas diarias y, sin embargo, no ganar lo suficiente para alimentarme a mí, a mi esposo y a mis dos hijos. —Una mujer pobre de Camboya, 1998

Los hombres y mujeres pobres con frecuencia describen la pobreza como desesperanza, impotencia, humillación y marginación. En Ghana dicen; «Uno sabe qué es lo correcto, pero no puede hacerlo». Y dan el ejemplo siguiente: «Si uno tiene un pariente político en algún lugar y esa persona muere, uno sabe lo que debe hacer, pero no puede hacer nada y las cosas van mal» (Ghana, 1995a).

En Camerún, la pobreza se define como «una sensación de impotencia e incapacidad de hacerse oír» (Camerún, 1995). Un anciano de Uganda asevera: «Las fuerzas de la pobreza y la miseria son muy fuertes hoy en día. Los gobiernos y las grandes iglesias no pueden hacer otra cosa que tratar de abordarlas. Por esa razón, ahora nos sentimos más bien impotentes. Esta sensación de impotencia es lo que resulta más doloroso, aún más que la propia pobreza» (Uganda, 1998).

En Madagascar, la impotencia de los pequeños agricultores es una fuente evidente de frustración y resentimiento. «Varios agricultores participantes cayeron en las garras de los tratantes y agentes administrativos que se aprovechan de ellos ofreciéndoles por sus productos precios bajos que deben aceptar porque no tienen otra alternativa. Por ejemplo, el precio que les pagan por la vainilla es aproximadamente el 4% del precio de exportación de ese producto y los agricultores no tienen poder de negociación para lograr que les paguen más. Los tratantes también establecen las condiciones del mercado en el caso de las cosechas de lichi y de arroz, comprando al precio más bajo posible y vendiendo al más alto. La sensación general es de traición y, en última instancia, de rechazo» (Madagascar, 1994).

En Europa oriental y la antigua Unión Soviética los pobres señalan que la corrupción está generalizada, y que se sienten impotentes e indefensos incluso cuando son empleados por empresas privadas o por granjas colectivas ya reorganizadas y privatizadas. Para los agricultores pobres de Georgia privatizar equivale a robar. Cuentan que las mejores tierras se distribuyen a las personas que trabajan en la policía y en los tribunales, y a los directores de escuelas y empresarios, mientras que a los pobres les dan tierras sin regadío y con elevada salinidad y suelos poco fértiles. Estas tierras en muchos casos están situadas a 10 ó 12 kilómetros de sus hogares, por lo que les resulta difícil cultivarlas y vigilar las cosechas (Georgia, 1997).

Para los pobres de la República de Moldova, independencia, democracia y transición al mercado son sinónimos de falta de justicia social. Las personas que trabajan en las granjas colectivas dicen que las estafan, pues los dirigentes no les dan la parte de los cereales que les corresponde y les niegan el acceso a tractores y otros equipos (República de Moldova, 1997). Los pobres de Armenia dicen: «En el proceso de privatización, a las personas que tenían un patrocinador les daban cinco o seis vacas, y el resto no recibía nada. Saquearon toda la granja colectiva y el presidente, junto con los propios dirigentes del distrito, se llevó a Turquía las cien cabezas de ganado que quedaban y las vendió a 2 dólares el kilo» (Armenia, 1995).

Los pobres a menudo señalan que tienen poca influencia sobre sus representantes políticos. En muchas partes de la India, ven con cinismo a los políticos que prometen actuar y que lo que hacen es sobornar a la gente distribuyendo bebidas alcohólicas, con lo cual aumentan las ya elevadas tasas de alcoholismo en las castas inferiores y los grupos tribales (India, 1997a). En Pakistán, se dice que los políticos locales usan fondos para sus propios fines (Pakistán, 1996). En muchos países se estima que los políticos están estrechamente vinculados con la delincuencia local organizada y con los ricos.

En los distintos países, la sensación de indefensión e impotencia que sienten los pobres se deriva en gran medida de su experiencia con funcionarios públicos corruptos, indiferentes e ineficientes. La EPPA realizada en México, contiene varios ejemplos de la frustración que experimentan los pobres cuando se les niegan servicios sociales, empleos y crédito porque no cuentan con la documentación requerida (México, 1995; véanse también los Capítulos 3 y 6).

La población pobre siente su falta de voz y poder no sólo en su interacción con el Estado, sino también en sus relaciones con el mercado, los propietarios, los banqueros, los prestamistas y los empleadores. Por ejemplo, los ricos en Tanzania se definen como «los que fijan los precios», mientras que los pobres se describen como «los que tienen que aceptar los precios fijados por terceros» (República Unida de Tanzania, 1999). En un informe sobre Ecuador (1996a), se señala que los agricultores pobres están endeudados y, por lo tanto, no pueden afrontar el costo de almacenar sus cosechas a menos que obtengan un buen precio en el mercado. Por esta razón, se ven obligados a vender sus productos tan pronto como los cosechan, cuando los precios son bajos; en algunos casos, incluso tienen que comprar más adelante los ali-

mentos que ellos mismos producen a un precio más alto. En Togo (1996), los agricultores pobres hacen hincapié en la «capacidad para comprar materias primas sin ser explotados por los mayoristas», y en Zambia (1997) manifiestan que dependen de los comerciantes y transportistas para poder vender lo que producen, que se ven obligados a comprar los insumos a precios elevados y que carecen de medios para solucionar los problemas de retrasos en los pagos y de fraude. En la India, Uganda, Guatemala, República de Moldova, Tailandia, Viet Nam y Ghana, los pobres hablan de su incapacidad para protegerse contra la explotación. El informe sobre la India declara lo siguiente: «Los pobres han perdido su poder de negociación. El dominio se fundamenta en el control de los recursos productivos y la subordinación en la necesidad de sobrevivir» (India, 1998b).

Los vendedores ambulantes pueden sentirse impotentes cuando los policías los observan en silencio o están asociados con pandillas y organizaciones criminales que controlan los mercados. Un vendedor ambulante de Ucrania (1996) describe la situación de la forma siguiente: «Estoy parado en cualquier lugar, y se me acercan y me dicen, “lárgate, no puedes estar aquí”. Entonces yo me voy y busco otra esquina, y trato de vender mis cosas más rápidamente. A veces nos amenazan debido a los precios que cobramos. Nos dicen “te romperemos la cara si rebajas tus precios”. En ocasiones he podido vender mis cosas rápidamente y marcharme. Pero otras veces al ver a estos tipos me he dado cuenta de que es mejor no enfrentarme a ellos y marcharme enseguida. En otras palabras, las cosas se ponen feas y peligrosas» (Ucrania, 1996).

En estos y en varios otros países los pobres dicen que los jornaleros son los que están más explotados porque sus condiciones de trabajo son malas, sus horarios son largos y se ven obligados a aceptar salarios inferiores a los prevalecientes en el mercado. Debido a que carecen de otras opciones y de recursos, los pobres a menudo tienen que pedirle ayuda a los mismos que los explotan: los propietarios, los prestamistas y las casas de empeño.

Las mujeres pobres se sienten atemorizadas por el aumento de la delincuencia, tanto en los lugares públicos como en sus hogares. Las mujeres y los ancianos de Ucrania dicen que ya no salen de sus casas después de que oscurece y que «se preocupan cuando sus hijos regresan tarde de la escuela o del trabajo» (Ucrania, 1996). En Moldova, las mujeres no quieren trabajar en el turno de noche porque temen ser agredidas (República de Moldova, 1997). Estudios de casos efectuados en Sudáfrica documentan «violaciones de muchachas adolescentes, casos de madres que no solicitan la manutención para sus hijos por temor de que los padres las golpeen, incluso el caso de una mujer que quedó lisiada a raíz de una pelea con su pareja en estado de embriaguez» (Sudáfrica, 1998).

La EPPA de Sudáfrica también recoge incidentes de violencia política y relacionada con pandillas. Las mujeres dicen que se sienten expuestas a atentados contra su persona y a agresión sexual cuando están recogiendo leña. Por ese motivo, para ellas la electrificación reviste alta prioridad. En la India y Pakistán, las mujeres hablan del peligro de agresión y acoso sexual por parte de los agentes forestales y otros funcionarios cuando van a buscar leña (India,

1993). Debido a que no tienen letrinas, en Pakistán las mujeres tienen que ir a los matorrales antes del amanecer y después del atardecer, lo que las expone a las mordeduras de serpientes, al acoso sexual y a agresiones (Pakistán, 1993). Para las muchachas adolescentes y las mujeres adultas de Bangladesh (1996) reviste elevada prioridad la disponibilidad de baños e inodoros debido al temor que tienen al acoso y a las incomodidades que experimentan.

El hecho de entrar en un ciclo de endeudamiento con frecuencia contribuye a la indefensión e impotencia que sienten los pobres. El endeudamiento es motivo de preocupación en las comunidades tanto urbanas como rurales de India y Pakistán, y la conciencia de los problemas que las deudas les plantean a menudo intensifica la sensación de desamparo y pérdida de autonomía de los pobres. Una EPPA de la India describe un círculo vicioso de endeudamiento en el que un deudor puede tener que trabajar durante un año como empleado doméstico en la casa de un prestamista, en su granja como jornalero o en otras actividades para pagar su deuda. Además, el monto de la deuda puede subir sustancialmente a causa de las altas tasas de interés, de las ausencias por enfermedad y de los gastos por concepto de alimentos o alojamiento (India, 1997a). En Swazilandia también se habla de los problemas derivados del aumento del endeudamiento, que en general se relacionan con la incapacidad para hacer frente al alza de los precios de los alimentos, el transporte, la educación y los servicios de salud (Swazilandia, 1997).

Los problemas que mencionan los pobres de los países en desarrollo difieren de los relatados por las personas que cayeron súbitamente en la pobreza, como muchos de los habitantes de los países en etapa de transición de Europa oriental y la antigua Unión Soviética. Si bien todos estos problemas involucran inseguridad y privaciones materiales, la pobreza a largo plazo con frecuencia entrafña una aceptación casi fatalista de esa situación, incluso en los casos en que las personas siguen luchando. En cambio, los encuestados en Europa oriental y la antigua Unión Soviética se sienten desmoralizados e incrédulos ante su situación, y es más común que hagan la comparación entre las mejores condiciones de que gozaban en el pasado y su intolerable situación actual (véase el Recuadro 2.2).

Normas culturales y sociales

Sin estos sencillos gestos humanos de solidaridad, nuestras vidas serían insoportables. —Una mujer pobre de Ucrania, 1996

Nos sentimos orgullosos de nuestro idioma, de nuestras costumbres. —Grupo indígena de Panamá, 1998

La conformación de una identidad cultural exige «compartir una historia o cultura comunes, sentir orgullo por un mismo pasado y, en algunos casos, tener una pasión en común» (Panamá, 1998). Estos vínculos sociales pueden ayudar a estabilizar las comunidades y a atenuar las tensiones psicológicas que produce la pobreza. Por ejemplo, en la EPPA de México se menciona la siguiente paradoja: si bien las comunidades indígenas de Oaxaca son

Recuadro 2.2. La voz de los pobres: la pobreza intergeneracional frente a la pobreza súbita

Pobreza intergeneracional

Si uno tiene hambre, siempre pasará hambre; si uno es pobre, siempre será pobre. —Viet Nam, 1999a

La pobreza [se] hereda. Si el padre de uno es pobre, no podrá mandarlo a la escuela y no podrá proporcionarle ninguna tierra o sólo muy pocas tierras de mala calidad; cada generación es más pobre que la anterior. —Uganda, 1998

Podemos ser pobres en objetos materiales, pero somos ricos ante los ojos de Dios. —Kenya, 1996

Creo que la pobreza es algo que empieza al nacer. Algunas personas tienen mala suerte desde el mismo día en que nacen. Nunca llegarán a ser nada en la vida. —Brasil, 1995

¿Qué determina la pobreza o el bienestar? El destino de la población indígena es ser pobre. —Ecuador, 1996a

Continúa

las que poseen menos bienes materiales, en ellas hay felicidad y menos temor que entre los grupos de pobres no indígenas, debido a que esas comunidades cuentan con toda una gama de «instituciones comunitarias tradicionales que les brindan apoyo cuando lo necesitan» (México, 1995).

La identidad cultural se mantiene a través de rituales, celebraciones y festejos, y los pobres con frecuencia se refieren a su participación en esos eventos. La importancia de este hecho es incontrovertible: para muchos pobres, la solidaridad social es uno de los activos más importantes que tienen a su alcance. A fin de mantener esta solidaridad y la seguridad emocional y física que les brinda, la gente está dispuesta a hacer importantes sacrificios; no vacilarían en deshacerse de toda una gama de activos materiales para asegurar la preservación de esos vínculos sociales. Según la EPPA de Togo, el desplazamiento, ya sea que se produzca por la fuerza o por motivos relacionados con el empleo, tiene como consecuencia «el abandono de hitos simbólicos y de árboles y bosques sagrados; socava la base misma de la identidad cultural de la gente, y puede producir una profunda sensación de alienación» (Togo,

Recuadro 2.2. Continuación

Pobreza súbita

Hasta hace unos cuantos años ni siquiera se me ocurría preguntarme qué comida iba a preparar. Ahora hay veces que no tengo nada que cocinar, y esto es muy difícil para una madre [con lágrimas en los ojos] ... Antes no teníamos miedo de enfermarnos, todo estaba bien reglamentado, nuestra salud estaba salvaguardada. Hoy en día rezamos para que nadie se enferme. ¿Qué podríamos hacer? —Una mujer de la ex República Yugoslava de Macedonia, 1998

La vida se ha terminado para nosotros. Me siento mal a causa de los niños. Para alimentar a sus hijos mi hija de vez en cuando recoge pan viejo que la panadería “Zito Luks” guarda para el ganado. Yo nunca me había visto en tal situación. Nunca nos faltó comida, a pesar de que éramos más pobres cuando éramos jóvenes. —Una mujer de 72 años de la ex República Yugoslava de Macedonia, 1998

La gente está desesperada porque no ve el final de esta situación de crisis. —Ucrania, 1996

En una época yo tenía dos cerdos y unos 20 pollos, pero ahora no tengo nada. Apenas tengo dinero para comprar pan cada día. Hace unos años mi refrigerador estaba lleno de salchichas. Ahora esta vacío. Tal vez Dios nos ha castigado por nuestro despilfarro anterior. —Una mujer de la República de Moldova, 1997

1996). Por esta razón, después de la atención de las necesidades más básicas (como alimentos y vivienda), los mayores gastos de los hogares suelen corresponder a las ceremonias tradicionales. «A pesar de que el uso de escasos recursos para costear eventos sociales en vez de, por ejemplo, servicios de salud o educación, puede parecer irresponsable, para los pobres puede ser una opción altamente racional, siempre que los gastos en cuestión no den lugar a deudas a largo plazo. En realidad, el suministro de sumas generosas para estos fines sociales (hasta el punto de alcanzar un nivel de consumo suntuario) constituye una forma de obtener prestigio y afianzar los vínculos con la comunidad, lo que a su vez permite obtener ayuda más fácilmente en caso de necesidad. Los gastos para fines ceremoniales pueden considerarse, por lo tanto, como una inversión orientada a incrementar los activos sociales y reducir la vulnerabilidad» (Togo, 1996).

En otras palabras, la preservación de la solidaridad social reviste suma importancia para los pobres, y el hecho de no poder reciprocarse en lo que respecta a regalos o no poder participar en los acontecimientos comunitarios puede tener consecuencias muy perjudiciales para ellos, desde la humillación, la deshonra y la angustia psicológica, hasta la marginación social y la exclusión de importantes redes existentes en la sociedad. Los propios pobres encuestados en muchos casos definen la pobreza como el quebranto de las normas sociales. Por ejemplo, en las zonas rurales de Madagascar se considera que ser pobre equivale a no poder «observar las costumbres y normas locales», mientras que se define como rico «a quien está en condiciones de vivir conforme a esas normas» (Madagascar, 1996).

El vestido constituye un significativo indicador social, particularmente para los adolescentes y los niños. En varios informes, los niños hablan de sentirse señalados por su ropa raída o inadecuada y de verse sometidos a ostracismo por sus maestros y por los niños de familias con una mejor posición económica (Bangladesh, 1996; India, 1997a; República de Moldova, 1997). Para los jóvenes de Moldova, «la falta de ropa apropiada, la humillación frente a sus amigos más adinerados y su incapacidad de participar en una vida social normal» son los principales indicadores de la pobreza (República de Moldova, 1997). En Armenia, la gente habla de la falta de autoestima y la disminución de la posición social derivadas de la incapacidad de mantener normas básicas de higiene (Armenia, 1995). Los niños de Georgia que tienen que usar ropa vieja y remendada para ir a la escuela con frecuencia son objeto de crueles burlas, hecho que contribuye a que sus padres los mantengan en casa o los matriculen con un año de retraso con la esperanza de que mejore su situación económica. Algunos jóvenes de Tbilisi admiten que no asisten a sus clases en la universidad debido a la humillante perspectiva de tener que presentarse a diario desaseados y mal vestidos ante los demás (Georgia, 1997).

Infraestructura aportada por el Estado

La construcción de un camino inmediatamente estimula el desarrollo. —Camerún, 1995

Creemos que la tierra es generosa, ¿pero qué incentivo hay para producir más de lo que necesita la familia si no hay caminos de acceso para llevar los productos a un mercado? —Guatemala, 1997a

Consideremos, por ejemplo, la muerte de este niño pequeño esta mañana. Murió de sarampión. Todos sabemos que podría haberse curado en el hospital. Pero sus padres no tenían dinero y el niño sufrió una muerte lenta y dolorosa, causada no por el sarampión sino por la pobreza. —Un hombre de Ghana, 1995a

El agua es vida; nuestra vida es miserable debido a que no tenemos agua. —Kenya, 1997

La pobreza está determinada por la disponibilidad y consumo de productos proporcionados por el Estado, o lo que algunos investigadores denominan el «salario social» (Baulch, 1996b; Moore y Putzel, 1999). En todas las EPPA, los pobres hablan de la importancia de servicios clave, como carreteras, transporte, agua, electricidad, atención de la salud y mercados.

En diversos casos se considera que en las zonas urbanas, aunque la pobreza sea mayor que en las zonas rurales comparables, la situación de los pobres es mejor porque tienen acceso a instalaciones de infraestructura y a servicios básicos (Guatemala, 1997b; India, 1997a). Asimismo, un informe de la India señala: «Incluso las familias más pobres que habitan en poblados prósperos están comparativamente en mejor situación que aquéllas que habitan en poblados de ingreso mediano y más bajo en lo que se refiere a servicios sociales y educativos, pues tienen mayor acceso a esos servicios» (India, 1997a). El nivel de pobreza en la comunidad se relaciona con la disponibilidad de infraestructura y servicios. En una comunidad rural pobre que se estudió en Nigeria, los encuestados alegan que todos los habitantes son pobres precisamente porque la comunidad carece de servicios básicos, como agua, electricidad, caminos, maestros y otros servicios (Nigeria, 1995). En Uganda, se establece una distinción entre la pobreza de las personas y la de las comunidades; la pobreza comunitaria se define como «la falta de infraestructura básica en toda la comunidad, por ejemplo, escuelas y caminos» y la ausencia de seguridad o armonía (Uganda, 1998). Casi la mitad de las sugerencias formuladas por familias pobres de Ecuador para aliviar la pobreza también involucraban el suministro de infraestructura básica (Ecuador, 1996a).

La ausencia o mal estado de la infraestructura, en particular los caminos de acceso y puentes, es un problema generalizado. Muchos informes señalan que las comunidades en que la pobreza es mayor son las que están más aisladas y más alejadas de los caminos y otras instalaciones clave de infraestructura (India, 1997a; República del Yemen, 1998; Bangladesh, 1996; México, 1995; Guatemala, 1997b; Uganda, 1998; Ecuador, 1996a; Ecuador, 1996b; Camerún, 1995). En la India, muchos de los poblados más pobres están situados a unos 15 ó 20 kilómetros de las instalaciones de infraestructura más cercanas; durante la estación de las lluvias sus habitantes quedan totalmente aislados de las zonas más desarrolladas. «El resultado es que los que viven en esos poblados incomunicados de hecho quedan desprovistos de prácticamente todos los servicios educativos de nivel superior al primario, de una atención adecuada de la salud y de importantes instituciones gubernamentales y no gubernamentales» (India, 1997a). Los encuestados en Bangladesh (1996) y Ghana (1995b) también señalan que la falta de caminos adecuados plantea un problema particularmente grave, sobre todo en la estación de las lluvias.

La falta de caminos no sólo aísla a las comunidades de otras instalaciones de infraestructura, sino que además les impide el acceso a los círculos políticos. Para los funcionarios del gobierno de Uganda, el estar destinados a zonas remotas constituye una especie de castigo (Uganda, 1998). Análogamente, la EPPA de Kenya revela que los jefes de los distritos por lo general

evitan los poblados en que los únicos caminos de acceso están en mal estado o son peligrosos. Estos funcionarios no visitan los poblados remotos o sólo lo hacen para visitas rápidas por corto tiempo, lo que les impide observar directamente los problemas existentes y discutirlos con los propios interesados (Kenya, 1996).

Los caminos no sólo proporcionan conexiones físicas sino también medios de comunicación que incrementan las opciones al alcance de los pobres y su poder de negociación. El mal estado de los caminos limita el comercio entre los diversos poblados y entre las zonas urbanas y las rurales (India, 1997a; Ecuador, 1996a). Por ejemplo, el 86% de los encuestados en la provincia Suroeste de Camerún considera que la deficiente infraestructura de transporte influye en gran medida su incapacidad de incrementar su productividad agrícola y sus actividades de comercialización (Camerún, 1995). Los pobres de Uganda creen que su poder de negociación es menor debido a su falta de movilidad: «El mal estado de los caminos es la causa de que se paguen precios bajos por los productos agrícolas» (Uganda, 1998).

La deficiente infraestructura de transporte también intensifica los problemas relacionados con el acceso a los servicios, como la atención de la salud y la educación. Dos tercios de los encuestados en la Ciudad de México se quejan de la mala calidad y de la falta de acceso a los centros de salud, y la situación es peor en las zonas rurales. En una zona rural del estado de Zacatecas, el transporte al médico más cercano cuesta US\$41 como promedio, cantidad que equivale al salario mensual que perciben los que desempeñan el único tipo de trabajo asalariado existente en la región: el tejido de cáñamo. «En Zacatecas no son inusuales los casos de familias que han perdido todos sus animales y han tenido que contraer deudas por valor de 2.000 a 5.000 pesos (US\$ 365 a 900) debido a la enfermedad de uno de sus miembros» (México, 1995). La situación es similar en la República del Yemen donde «las familias pobres que viven en áreas remotas sólo van a los centros de salud en caso de extrema necesidad» (República del Yemen, 1998).

La falta de servicios de transporte también afecta a la niñez. En Camerún, los niños de zonas rurales a menudo no van a la escuela porque les queda demasiado lejos para poder ir caminando; por su parte, los maestros evitan trabajar en las zonas más aisladas (Camerún, 1995). Algunos padres en Tailandia sacan a sus hijos de la escuela porque no pueden afrontar el costo de los servicios educativos más el de los medios de transporte (Tailandia, 1998). En un poblado de Sudáfrica se menciona el costo de transportar a los niños a la escuela como una de las causas de pobreza (Sudáfrica, 1998).

Además de la disponibilidad de servicios de transporte, hay otros dos factores que distinguen a los pobres de los que no lo son: el acceso a un abastecimiento confiable de agua y, en menor medida, a servicios de saneamiento. Es importante disponer de agua para beber y asearse, y también para fines agrícolas. En Bangladesh, se considera que la falta de agua potable es uno de los principales problemas que experimenta la población pobre (Bangladesh, 1996). Asimismo, en la República Kirguisa sólo el 45% de los hogares tiene agua corriente, y más del 50% de la población pobre tiene que acudir a lagos,

estanques y agua de lluvia a fin de obtener el agua que necesita para usos domésticos (República Kirguisa, 1998). Los niños de Viet Nam definen a los pobres como la gente que no tiene agua potable. Los pobres de una zona de la India afirman: «El agua potable es nuestro principal problema. Tenemos que sacarla de un pozo abierto, en el que caen hojas y otros desechos que luego se descomponen. Las enfermedades transmitidas por el agua, como la poliomielitis y el paludismo, son muy comunes. A este pueblo no viene ningún agente de atención de salud. Hay unas cuantas bombas de agua, pero no producen una sola gota» (India, 1997c).

En la India, la pobreza guarda relación directa con la productividad agrícola total, la que a su vez depende de la disponibilidad de agua para fines de riego (India, 1997b). Si bien la falta de servicios de regadío afecta a todos los agricultores de la zona, los que tienen explotaciones particularmente pequeñas son los más afectados. En los poblados incluidos en la encuesta, este problema se identifica como la causa fundamental de la pobreza (India, 1997b). Se considera que las comunidades más ricas son las que tienen acceso al agua, que les permite cultivar huertos en la estación seca. Los hogares que tienen productos que vender durante esta estación pueden usar los ingresos que perciben para mejorar sus viviendas e instalar, por ejemplo, techos de cinc (Ghana, 1995a). En Ghana, también, se considera que las fuentes de agua a nivel de los poblados que pueden usarse para fines de riego en la estación seca constituyen un importante activo comunitario. Estas comunidades se catalogan como ricas frente a las que carecen de un suministro confiable de agua (Ghana, 1995a).

En las zonas más prósperas, el suministro inadecuado y el alto costo de la electricidad y de los servicios telefónicos son los problemas de infraestructura que se mencionan con más frecuencia. La gente de Georgia (1997) dice que los cortes de electricidad ocurren más a menudo en los barrios pobres. En 1996, los vecindarios pobres situados en las afueras de Tbilisi estuvieron sin fluido eléctrico por períodos de entre un día y un mes, mientras que las zonas aledañas sufrieron menos cortes. El servicio telefónico, incluso para casos de emergencia, ahora escasea en muchas zonas. La gente se queja de tener que pagar por este servicio incluso cuando los teléfonos no funcionan. Si se niegan a pagar, los funcionarios a menudo les dicen: «La electricidad a veces se restablece durante la noche y entonces el teléfono funciona» (Georgia, 1997).

Activos de los pobres

No tenemos ni tierras ni trabajo... Algunos de nosotros tenemos tierras en la reserva, pero no podemos transportar nuestros productos desde esas tierras porque quedan muy alejadas. Como es difícil transportar los productos y no tengo tierras aquí, sólo en la reserva, soy pobre. —Ecuador, 1996a

En mi familia, si alguien se enferma gravemente, sabemos que lo perderemos, porque como ni siquiera tenemos bastante dinero

para comprar alimentos, nos es imposible adquirir medicinas.
—Viet Nam, 1999a

Antes no me preocupaban ni mi analfabetismo ni el hecho de no poder mandar a mis hijos a la escuela, siempre que tuviéramos algo que comer. Pero... ahora me doy cuenta de que mis hijos tendrán problemas toda su vida debido a que no pueden conseguir un buen trabajo porque no saben leer ni escribir.
—Swazilandia, 1997

Uno necesita establecer vínculos y conexiones con las personas que tienen poder e influencia para poder ganarse la vida y tener un futuro. —Pakistán, 1993

Los pobres casi nunca hablan de los ingresos, pero sí se refieren repetidamente a los activos que consideran importantes. La cartera de activos que administran es diversa: activos físicos, humanos, sociales y ecológicos. Estos activos comprenden una amplia gama de recursos tangibles y potenciales, tanto materiales como sociales, a los que las personas, los hogares y las comunidades acuden en momentos de crisis (Togo, 1996; Benin, 1994; Moser, 1998a). Las diferencias de poder existentes entre personas y grupos determinan la forma en que se controlan y utilizan estos activos. La medida en que es posible movilizar los diversos recursos depende directamente de la forma en que se comparte el poder en el seno de los hogares, las comunidades y otras instituciones sociales. Las diferencias de género en cuanto al acceso a estos activos son considerables, influyen en el grado de vulnerabilidad y tienen importantes repercusiones en materia de políticas. Véase en los Capítulos 4 y 5 un examen minucioso al respecto.

Las cuatro clasificaciones primarias de los activos son:

- capital físico, incluidas tierras y objetos materiales;
- capital humano, incluidos servicios de salud, educación, capacitación y mano de obra;
- capital social, que abarca el alcance y naturaleza de las redes sociales, como redes de parentesco, vecinos y asociaciones, y
- activos ecológicos, como hierbas, árboles, agua y productos no madereros.

Los activos funcionan además a nivel de las personas, los hogares y la comunidad. Entre los cuatro tipos de activos a disposición de los pobres, el capital social es el que probablemente se entiende menos. Como se desprende claramente del material preparado recientemente sobre este tema, un análisis minucioso del capital social que poseen los hogares, grupos y comunidades puede brindar valiosa información que necesitan los responsables de las políticas (Grootaert, 1998; Woolcock y Narayan, 2000).

Algunos activos pueden utilizarse para fines productivos, como el ganado, y otros únicamente para fines de inversión (por ejemplo, las joyas). Ciertos activos pueden emplearse para estos dos fines en oportunidades diferentes; un ejemplo es la vivienda, que puede arrendarse a terceros (fines

productivos) o venderse (fines de inversión). Todos estos factores se toman en cuenta cuando se utilizan los activos o se efectúan inversiones. La forma en que un activo determinado se incorpora en la estrategia global de una persona o un hogar para mitigar la pobreza depende de la naturaleza de ese activo, del contexto social en que se inscribe y de lo imperioso de la necesidad que debe atenderse.

Capital físico

La pobreza tiene su origen en la tierra; una persona que no tiene tierras necesariamente tiene que salir a trabajar como jornalero. —Ecuador, 1996a

Se considera que una persona es pobre cuando no posee tierras, una casa o enseres y animales domésticos. —Uganda, 1998

El ganado forma parte de las reservas anuales del hogar; si los animales se enferman y se mueren, no tenemos con qué mantenernos entre una cosecha y la otra. —Viet Nam, 1999a

Uno no puede estar sin ovejas, uno no puede vivir sin cereales alimentarios. —China, 1997

Comúnmente se considera que la posesión de tierras, o el acceso a ellas, constituye un activo de importancia clave (Uganda, 1998; Sudáfrica, 1998; República Kirguisa, 1998; Benin, 1994 y Ecuador, 1996a). Particularmente en las zonas rurales, el acceso a tierras y los derechos correspondientes son un aspecto fundamental del análisis del problema de la pobreza. Los pobres en Ecuador piensan que cuatro factores relacionados entre sí son la causa de la pobreza: el acceso limitado a tierras para cosechar alimentos; la mala calidad de los suelos, que están en declive y sufren una intensa erosión; la falta de instalaciones de riego, y la limitada capacidad para criar y vender animales domésticos grandes (Ecuador, 1996a). Un hombre pobre de Guinea-Bissau señala: «No es fácil encontrar tierras como estas que nosotros cultivamos ... La gente dice que van a construir viviendas en estas tierras. Esto nos preocupa mucho, porque si se llevan a cabo todos estos proyectos, nuestra situación financiera sería muy difícil» (Guinea-Bissau, 1994). Algunos grupos indígenas de Filipinas piensan que poco a poco están perdiendo el control de sus tierras ancestrales. En algunas zonas, personas no indígenas están obteniendo título de propiedad de las tierras de estos grupos con la complicidad de funcionarios públicos sin escrúpulos (Filipinas, 1999). En Zambia, al igual que en muchas zonas rurales de otros países, los pobres están preocupados por la disminución de la fertilidad de sus tierras (Zambia, 1997).

En casi todos los estudios, los pobres se refieren a la creación de capacidad para atender las necesidades propias y las de su familia como uno de los principales medios de abordar el problema de las privaciones materiales y reducir la inseguridad general de los hogares. En Nigeria, muchas personas que viven en zonas rurales cultivan verduras junto a su casa para complementar

los alimentos que compran. Muchos habitantes de zonas urbanas estiman que están en desventaja frente a los que viven en zonas rurales porque tienen menor capacidad para autoabastecerse (Nigeria, 1995). La situación es similar en Ucrania, donde los dos principales factores que separan a los pobres de los indigentes son la disponibilidad de una vivienda y de un huerto (Ucrania, 1996). También en Etiopía las familias más pobres son las que no pueden producir alimentos suficientes para su propio consumo (Etiopía, 1998).

La vivienda, que por lo general se considera un activo, también puede constituir un pasivo debido a que puede limitar opciones y absorber recursos. En Letonia, los propietarios tuvieron que registrar de nuevo sus viviendas durante el período de transición postsocialista, lo que les representó un cuantioso gasto (Letonia, 1998). Los costos de mantenimiento también pueden ser muy elevados. Un encuestado de Guinea-Bissau relata lo siguiente: «Construimos [nuestra casa] hace mucho tiempo, antes de que naciera la mayoría de nuestros hijos. Pero como el techo es de paja, tenemos que reemplazarlo todos los años, lo que nos cuesta mucho dinero. Debemos instalar el techo nuevo todos los años antes de la estación de las lluvias. En estos momentos, el costo es de unos 1.200.000 pesos. Queremos ponerle un techo de cinc a la casa porque de esa manera evitaríamos de una vez por todas la necesidad de cambiarlo periódicamente» (Guinea-Bissau, 1994).

Sin embargo, en muchos casos la deficiente calidad de sus viviendas es lo que distingue a las personas pobres de las que no lo son. En Georgia (1997), los daños y serios deterioros de las viviendas, que en ocasiones incluso son peligrosas, constituyen un motivo de gran preocupación para la población pobre. Entre los problemas más frecuentes cabe mencionar los techos con goteras, las paredes agrietadas y llenas de moho, las ventanas rotas, los suelos podridos, los inodoros atascados y las tuberías enmohecidas. Una pareja que es dueña de su apartamento manifiesta: «No puede decirse que sea normal que durante la noche le caigan a uno pedazos de yeso en la cabeza, que el techo gotee cuando llueve, que el agua de esas goteras atraviese el piso podrido y agrietado, y que el grifo esté goteando las 24 horas del día» (Georgia, 1997). En Bangladesh (1996), los *char* señalan que la falta de vivienda les plantea un serio problema, debido a que los fuertes vientos que acompañan a las periódicas tormentas destruyen fácilmente las chozas con techo de paja. Por supuesto, la vivienda puede tener también un importante potencial para la generación de ingresos. Algunas familias pobres se mantienen principalmente con el ingreso que obtienen del alquiler de una habitación de la casa (Swazilandia, 1997).

Los bienes personales o domésticos son un activo en la medida en que puedan venderse en casos de emergencia; es posible que los bienes susceptibles de venderse constituyan una de las pocas redes de seguridad de que disponen las familias pobres (Uganda, 1998; India, 1998a; Georgia, 1997; Zambia, 1997; Camerún, 1995; Letonia, 1998; Etiopía, 1998). En Ucrania a casi ninguno de los pobres encuestados le quedaban ahorros disponibles, y la mayoría de ellos se han visto obligados a vender valiosos activos, como automóviles, joyas y equipo electrónico (Ucrania, 1996). Sin embargo, la propie-

dad no es renovable, y la venta de pertenencias personales y propiedades por lo general es una medida a la que se recurre en última instancia para hacer frente a una crisis. De hecho, en Swazilandia cada vez se acude menos a la venta de activos para atender necesidades inmediatas del hogar por la sencilla razón de que muchas familias ya han vendido todos esos activos (Swazilandia, 1997). En la India, «actualmente un gran número de hogares ya no tienen muchos de sus activos valiosos, como adornos de oro y utensilios de bronce, porque han tenido que usarlos para atender el servicio de su deuda» (India, 1998a).

Varios informes mencionan que, cuando es necesario recurrir a la venta de objetos personales, los primeros que se venden son los de las mujeres (Pakistán, 1993; Georgia, 1997; India, 1998a). Como se señala en el informe sobre Pakistán, esta estrategia de ventas tiene «un impacto que difiere según el género, y refleja la especial vulnerabilidad de las mujeres y su falta de poder decisorio en el hogar» (Pakistán, 1993). Al mismo tiempo, es posible que la venta de activos, como joyas, represente un proceso racional de adopción de decisiones, pues involucra la venta en primera instancia de los activos que no tienen potencial en materia de generación de ingresos (Pakistán, 1993). En Georgia se perfila una práctica semejante, pues según el informe los hogares tienden a vender sus activos de forma escalonada, comenzando con bienes personales, como joyas, seguidos de muebles y, por último, de la vivienda. El informe añade: «Los encuestados a quienes no les queda nada que vender, recurren a su propia sangre como fuente final de ingresos» (Georgia, 1997). En Letonia, se ha observado una práctica semejante (1998).

En algunos casos, los pobres pueden optar por conservar en su poder algunos activos difíciles de obtener, incluso en épocas de hambre, enfermedades y otras dificultades. La pobreza puede estar estrechamente relacionada con la pérdida de la dignidad y el prestigio que confiere en gran medida la posesión de bienes que son símbolos de la posición social. En Malí, no es inusitado que una familia posea activos valiosos que pueden venderse, como joyas o una bicicleta, y que sin embargo opte por pasar hambre durante la época anterior a la recogida de las cosechas. El informe aporta la explicación siguiente:

Estas opciones no pueden tacharse de irracionales ni egoístas porque reflejan la necesidad de diversificar las inversiones y mantener la posición en la comunidad en situaciones reales de crisis. Teniendo presente este contexto cultural, resulta muy difícil determinar en qué consiste verdaderamente la pobreza. ¿Es pobre una familia cuya ingestión de calorías es inadecuada durante tres meses del año cuando podría vender un brazalete y tener bastante para comer? ¿Y qué puede decirse de un padre que ahorra dinero para comprar una vaca para la boda de su hijo y no compra medicinas para atender a un hijo enfermo? Si bien existen buenas explicaciones para este comportamiento, los indicadores tradicionales de la pobreza, como las encuestas del consumo de los hogares, no las recogen. —Malí, 1993.

Capital humano

Hoy en día si uno no tiene dinero, la enfermedad se lo lleva a la tumba. —Una anciana de Ghana, 1995a

Los enfermos no tienen derecho a vivir. —Un dicho popular reciente, residentes de Javakheti, Georgia, 1997

Soy analfabeta, es como si fuera ciega. —Una madre analfabeta de Pakistán, 1996

Si hubiera ido a la escuela, habría tenido un empleo y habría encontrado un marido con un empleo asalariado. —Uganda, 1998

Soy viejo y no puedo trabajar, por lo tanto soy pobre. Incluso mi tierra está vieja y cansada, de modo que con lo poco que logro trabajar no puedo cosechar lo suficiente para mí y para mis hijos. —Togo, 1996

El capital humano abarca la salud, la educación y el trabajo. Para las personas que carecen de activos materiales y productivos, la capacidad de trabajar y el buen estado de salud son elementos básicos de la mayoría de las estrategias para sobrevivir, y por ende son quizás el componente más importante del capital humano (Letonia, 1998; Senegal, 1995). Como se explica en el informe sobre Benin, la pérdida de un adulto productivo «ya sea por motivos de enfermedad, muerte, divorcio o abandono, reduce drásticamente la capacidad de un hogar para superar las conmociones externas y es una de las principales causas de la miseria» (Benin, 1994).

Las EPPA revelan que lo que más temen los pobres es que un miembro de la familia sufra una enfermedad grave. Las enfermedades impiden que las personas trabajen y pueden sumir a un hogar en la pobreza. En los casos en que las instituciones del sector formal no proporcionan redes de protección adecuadas, el hecho de que un miembro de la familia esté enfermo puede poner en peligro la estabilidad económica de todo el núcleo familiar. Cuando se le pide a niños de diversos poblados de Togo que dibujen a una persona pobre con frecuencia producen una imagen de alguien enfermo o discapacitado (Togo, 1996). En Ghana, se considera que la buena salud es un activo particularmente importante porque los hogares pobres dependen del trabajo físico para ganarse la vida y carecen de otros activos. «El trabajo realizado sobre el terreno demuestra que las enfermedades, cuyo desenlace a veces es la muerte prematura, con frecuencia son la causa de la pobreza extrema, hecho que explica por qué las comunidades por lo general mencionan la mala salud (incluidas las discapacidades) como una de las características de las personas más pobres» (Ghana, 1995b).

Las enfermedades tienen efectos devastadores y duraderos en los recursos de los hogares. En Pakistán, un padre de Lahore explica que le tomó ocho años pagar las deudas que contrajo cuando él, su esposa y dos de sus hijos tuvieron que ser hospitalizados. Una madre señala que hace poco tiempo tuvo

que sacar a su hija de la escuela para poder sufragar los gastos médicos de su hijo. Un hombre relata que sus propios padres vendieron tierras para pagar el tratamiento de su nieto. En suma, aunque muchos de los encuestados de Lahore han podido hacer frente eficazmente a las crisis de salud experimentadas por su familia, es probable que los recursos de sus hogares y las inversiones en recursos humanos se hayan visto menoscabados (Pakistán, 1993).

En todos los lugares se valora la alfabetización, o la «sed de conocimientos». En Togo, la gente dice que el analfabetismo limita la capacidad de los individuos de obtener empleo, seguir instrucciones escritas y aprovechar los servicios gubernamentales u obtener acceso al crédito (Togo, 1996). Aunque en la India no se menciona el analfabetismo como una de las causas de la pobreza, la población pobre es consciente de que la alfabetización los ayudaría a llevar una vida mejor. «Comprenden que debido al analfabetismo tienen un mayor grado de dependencia, son menos emprendedores y están más expuestos a las intrigas de los grupos que han recibido educación» (India, 1997c).

Si bien es evidente que se valora la alfabetización, la actitud con respecto a la educación es mixta. A las familias con frecuencia les resulta difícil invertir en servicios educativos. En Swazilandia los padres hacen importantes sacrificios, incluida la reducción de las raciones de comida, para rebajar los gastos de sus hogares y poder enviar a sus hijos a la escuela (Swazilandia, 1997). Un hombre de Guinea-Bissau dice lo siguiente acerca de la educación de sus hijos:

«Creo que, si Dios quiere, les va a ir bien y podrán encontrar buenos empleos. Yo hago todo lo que está a mi alcance para que no pierdan clases. Espero que Dios les muestre el camino del éxito. Si este deseo no se cumple, habrá que tener paciencia. Sin educación la vida es difícil porque es imposible conseguir un buen empleo» (Guinea-Bissau, 1994). En Viet Nam (1999a), se considera que invertir en educación es la forma más importante de salir de la pobreza, y se identifica a la falta de recursos para este fin y de un empleo estable como los principales problemas existentes. En Kenya (1996), los padres pobres de todos los distritos atribuyen gran importancia a que sus hijos permanezcan en la escuela. Para lograrlo, «están dispuestos a vender sus posesiones, a mendigar, a robar, a producir y vender cerveza, a rezar, a ir a la iglesia, a vender sus productos en la calle, a unirse a grupos de autoayuda, a lisonjear a los maestros para que les permitan a sus hijos permanecer en la escuela, a hacer los pagos a plazos, a poner a sus hijos a trabajar, y, en ocasiones, incluso a caer en la miseria con tal de que sus hijos puedan seguir en la escuela» (Kenya, 1996).

Sin embargo, en otros lugares se cuestiona el valor de la educación, particularmente cuando no guarda relación con la obtención de empleos y riqueza. En Europa oriental y la antigua Unión Soviética, hay un creciente escepticismo respecto a la utilidad de la educación debido a que están disminuyendo las oportunidades económicas y a que sólo puede tenerse acceso a las existentes si se tienen conexiones. Los escolares de la ex República Yugoslava de Macedonia dicen: «No sirve de nada ir a la escuela si uno no tiene conexiones». Los padres están de acuerdo, pero a pesar de ello alientan a sus hijos a ir a la escuela. Están conscientes de que la educación ya no lleva a la obten-

ción de empleos o de riqueza. «Ni el Estado ni nadie más puede ofrecer empleos» (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998).

En Malí (1993), a pesar de que más del 80% de los encuestados la consideran importante, muchos se sienten decepcionados con la educación. Un gran número de padres manifiesta que las escuelas no cumplen la función de ayudar a los alumnos a encontrar empleo asalariado, darles una educación básica e inculcarles normas adecuadas de comportamiento moral y social. En Burkina Faso, por ejemplo, se piensa que la calidad de las escuelas existentes es tan marginal que «la inversión en cuotas de matrícula y la consiguiente pérdida de trabajadores en el campo, es una especie de palo de ciego en lo que respecta a tener una oportunidad realista de elevar el nivel de vida de un individuo o una familia» (Burkina Faso, 1994).

La educación de las niñas se ve afectada por una enorme cantidad de cuestiones culturales. La opinión prevaleciente es que educar a las niñas no sirve de nada, pues entonces no aprenderán a atender sus hogares y eso hará disminuir su atractivo como posibles esposas, «de hecho, aniquilando sus posibilidades de tener un futuro en el pueblo» (Burkina Faso, 1994). Se piensa también que las niñas que han ido a la escuela desearán encontrar maridos que también hayan recibido una educación y que tendrán menos posibilidades de encontrar empleo. «Por lo tanto, las jóvenes escolarizadas terminarán encontrándose en una situación totalmente desventajosa; o no querrán casarse con nadie o nadie querrá casarse con ellas, lo que intensificará enormemente su aislamiento social. A la larga se considera que son las candidatas más probables a seguir una vida de prostitución» (Burkina Faso, 1994). En Pakistán, se considera que la educación de las niñas hace subir el costo del matrimonio, y por lo tanto no se valora (Pakistán, 1996).

En Armenia, tanto los padres como los hijos dicen que éstos han dejado de estudiar y han decidido trabajar como comerciantes y vendedores por las razones siguientes: 1) las personas sin recursos no tienen acceso a la educación superior; 2) la educación superior no es una garantía de poder obtener ingresos más altos, y 3) es necesario atender las necesidades inmediatas del hogar. En las zonas rurales, los niños dejan la escuela después del octavo grado. Un alumno del distrito de Shirka dice: «No tengo ya voluntad para estudiar debido a que sé que una vez que termine aquí no podré ir a la ciudad para seguir mis estudios porque mi padre no podrá proporcionarme el dinero necesario. Voy a la escuela porque no tengo otra cosa que hacer». «Estudies o no estudies, seguirás cuidando vacas», afirma un padre (Armenia, 1996).

Capital social

El activo más importante es... una red familiar extensa y en buena posición que lo ayude a uno a obtener empleo, crédito y asistencia financiera. —Senegal, 1995.

Nuestro pueblo es ahora más próspero. Antes nuestras dos tribus estaban divididas. Ahora pertenecen a un mismo grupo, y

esto las une. No hay dos personas que tengan la misma inteligencia o los mismos recursos, de modo que cuando la gente se une puede resolver muchos problemas. —República Unida de Tanzania, 1997

De acuerdo con una definición amplia, por capital social se entienden los beneficios de pertenecer a una red social. El acceso a recursos adicionales a través de conexiones sociales permite a los pobres atender sus necesidades diarias. Además, dado que casi nunca pueden sufragar el costo de obtener seguros formales para protegerse en casos de crisis, como desastres naturales, crisis financieras, y emergencias de salud, desempleo, etc., las relaciones sociales recíprocas suministran a los pobres fuentes de apoyo financiero, social y político a las que pueden acudir en épocas de necesidad. Aunque las amistades, los vecinos, las conexiones profesionales y los vínculos que trascienden más allá de su propia comunidad revisten importancia crucial para la mejora de su bienestar, la familia extensa es el mecanismo al que los pobres dicen que acuden con mayor frecuencia en caso de necesidad.

Las experiencias de los pobres descritas en las diversas EPPA ponen de relieve la importancia que las redes de parentesco tienen para su supervivencia diaria y para superar las crisis con que tropiezan. En Costa Rica, aproximadamente el 50% de los encuestados mencionan que en algún momento han recibido asistencia financiera de miembros de su familia, y que la han reciprocado o están dispuestos a hacerlo (Costa Rica, 1997). En Ghana, se considera que la familia extensa equivale a una red de protección social (Ghana, 1995b). En Níger, las familias extensas ayudan a sus miembros a hacer frente a las situaciones de hambre e inseguridad alimentaria (Níger, 1996). En Guatemala, cuando una familia experimenta una crisis acude a familiares y amigos con quienes tiene una relación de reciprocidad. Estas personas les hacen préstamos muy pequeños para cubrir el costo de medicamentos, honorarios médicos y transporte a establecimientos sanitarios o para comprar pequeñas cantidades de alimentos en casos de extrema necesidad (Guatemala, 1997b). En Europa oriental y la antigua Unión Soviética, el hecho de pertenecer a una red familiar o profesional se menciona como uno de los factores que más influyeron en la capacidad para superar la crisis financiera de mediados de 1990 (República de Moldova, 1997).

Cuando los pobres se ayudan mutuamente, el exiguo monto de los recursos a su disposición puede limitar los resultados alcanzados. El capital social, por lo tanto, aporta cierta protección, pero por sí sólo casi nunca puede sacar a la gente de la pobreza. El capital social funciona en ambos sentidos. Al mismo tiempo que el pertenecer a una red social le proporciona beneficios a una persona, como el acceso a escasos recursos, también involucra el acceso de otros miembros de la red a los recursos de esa persona. Los pobres de Malí señalan que a toda persona y a los hogares les resulta difícil o imposible acumular activos debido a las solicitudes que reciben de otros miembros de su red familiar.

Estos vínculos recíprocos influyen incluso en las decisiones en materia de fecundidad. Si una pareja decide tener pocos hijos para conservar los recursos de la familia, es posible que debido a las estrictas normas de reciprocidad

dad termine atendiendo a los hijos de parientes. «Mientras que por una parte la familia extensa constituye una importante red de protección, por la otra desalienta tipos de comportamiento que a la larga redundarían en la reducción de la pobreza, como la realización de inversiones productivas o el límite del tamaño de la familia» (Malí, 1993). Un hombre de mediana edad de Guinea-Bissau que estudió ingeniería en el extranjero menciona una situación semejante en relación con la educación:

Mi primo, un sobrino y dos hermanos de mi esposa vendrán el próximo mes cuando me mude a la casa de al lado, que tiene dos dormitorios y una sala. Sabe usted, cuando una persona regresa a su país con la formación necesaria para ocupar un alto cargo, la familia piensa que viene a salvar a todos sus miembros. Así que empiezan a mandarte a todos los familiares alegando que uno sólo pudo obtener su educación gracias al apoyo familiar y que, por lo tanto, ahora se debe apoyar a los demás. Yo además ayudo a atender las necesidades de mi padre y de mi madre. Y necesito dinero para las ceremonias rituales. —Guinea-Bissau, 1994

Al igual que sucede con otros tipos de capital, los niveles del capital social fluctúan constantemente. Debido a que los pobres carecen de conexiones con recursos fuera de sus propias comunidades, que también son pobres, sus redes sociales los ayudan a sobrevivir y a defenderse, a luchar para satisfacer sus necesidades diarias.

Activos ecológicos: deterioro y conmociones

Los pobres viven a merced de la naturaleza y expuestos a sus caprichos. —Kenya, 1997

Todos somos agricultores en este pueblo. Cuando dos agricultores cultivan juntos las mismas parcelas y después de recoger la cosecha uno obtiene utilidades que le permiten adquirir muchas cosas y el otro no gana nada, la gente dirá que el segundo es pobre. Pero al año siguiente puede suceder lo contrario. El hecho es que todos los que vivimos en este pueblo somos pobres. —Togo, 1996

Las fluctuaciones estacionales en la disponibilidad de alimentos y agua son una de las causas principales de vulnerabilidad en las comunidades rurales. En algunas zonas de Ghana, el período denominado «sondure», o período de hambre, puede durar cinco o seis meses debido a que la precipitación pluvial es irregular y a que la degradación de los suelos es muy considerable (Ghana, 1995b). Asimismo, el estudio de Zambia señala que la demanda de mano de obra agrícola es mayor cuando los problemas de escasez de alimentos y paludismo son más severos, «circunstancias ambas que reducen más la disponibilidad y energía de la mano de obra» (Milimo, 1995). Durante estos períodos, los adultos con frecuencia emigran y la gente se deshace de activos o contrae deudas, todo lo cual hace que los hogares sean más vulnerables a conmociones futuras (Madagascar, 1996). Según un informe de Nigeria, «la

gravedad de la pobreza rural... es más intensa justo antes de la época de recoger las cosechas. A los pobres se les terminan los alimentos que tenían almacenados y tienen que comprarlos en el momento en que los precios son más altos, y para hacerlo en muchos casos tienen que acudir a prestamistas. Después de la cosecha, cuando los precios son bajos, tienen que vender sus productos para pagar lo que han tomado en préstamo. De modo que el valor que les representa lo que cosechan es pequeño; algunas familias muy pobres incluso tienen que vender una parte de su cosecha anticipadamente a precios muy bajos» (Nigeria, 1995).

En esta estación también existen otros riesgos. En la República del Yemen, las mujeres y los niños (a los que tal vez no se mande a la escuela) tienen que viajar largas distancias para buscar agua, a menudo por arduos caminos de montaña, y sufren frecuentes caídas y fracturas (República del Yemen, 1998; Kenya, 1996).

La estación de las lluvias causa sus propios problemas en las zonas rurales y urbanas: los precios de los cereales suben, el acceso a empleos ocasionales disminuye y la inundación de las calles obstaculiza el comercio informal (Etiopía, 1998; Ghana, 1995a; Viet Nam, 1999b). Los meses de invierno son particularmente difíciles para los pobres de la República Yugoslava de Macedonia debido a que no pueden mantener y calentar sus viviendas (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998).

Además de los problemas derivados de desastres estacionales, muchas de las personas más pobres del mundo experimentan dificultades porque viven en zonas ecológicamente vulnerables, como zonas áridas y tropicales con suelos poco fértiles. Debido a que no tienen acceso a otras tierras, en medida creciente se desplazan a áreas ubicadas en laderas pendientes y a zonas bajas costeras. Una proporción cada vez mayor de estas zonas vulnerables están atrapadas en un círculo vicioso de empobrecimiento y degradación de los recursos, que incluye erosión, reducción de la fertilidad de los suelos, agotamiento de los recursos marinos y forestales, y decreciente disponibilidad de agua fresca. Por ejemplo, la EPPA de Ghana indica que las comunidades rurales más pobres son aquéllas «en que la base de recursos naturales sufre un extremo agotamiento como consecuencia de la alta densidad de población» (Ghana, 1995a). Según el informe sobre Benin, los hogares que carecen de tierras suficientes ya no pueden dejar algunas en barbecho, lo que intensifica el proceso de reducción de la fertilidad y de los rendimientos (Benin, 1994). Los agricultores pobres que dependen de la lluvia dicen que «la obtención de ingresos en muchos casos es cuestión de pura suerte» (Senegal, 1995).

Muchas de las estrategias empleadas tradicionalmente para superar estas dificultades, como la búsqueda de leña, la caza en los matorrales, la pesca y la recolección de hierbas, frutas o frutos secos, se basan en la utilización de recursos comúnmente disponibles. Sin embargo, se está intensificando la presión sobre estos recursos, y varios estudios documentan que están en proceso de desaparición (Ghana, 1995b). El informe sobre la India menciona, por ejemplo, que la recolección de caucho ya no es rentable debido a que ha disminuido drásticamente el número de los árboles que lo producen (India, 1998d). Las mujeres

dependen en mucho más de la recolección de los recursos de los bosques, y la desaparición de los productos forestales no madereros repercute en mayor medida en su bienestar (India, 1998a). La disminución del arbolado en grandes zonas de Benin significa que los pobres ya no pueden acudir a las plantas silvestres y a la caza cuando escasean los alimentos (Benin, 1994).

La degradación de los recursos es un hecho común para muchos de los pobres encuestados. «El medio ambiente está muriendo poco a poco y muchos no comprenden que son ellos mismos los que están causando este problema», afirma una madre pobre ladina de Guatemala que tiene siete hijos. Añade que la razón principal es que los propietarios de los bosques, las autoridades y los organismos responsables de las zonas forestales están talando grandes cantidades de árboles (Guatemala, 1997b). La degradación de los recursos no sólo repercute desfavorablemente en los activos y la productividad de los hogares, sino que también puede provocar el empobrecimiento de comunidades enteras. Pequeños agricultores de Tanzania dicen: «Hace 10 años cosechábamos 10 sacos de mandioca y ocho sacos de maíz por acre. Hoy en día, debido a que han disminuido la fertilidad de los suelos y la precipitación pluvial y a que no usamos fertilizantes ni semillas mejoradas, algunos de nosotros cosechamos tres o cuatro sacos de maíz, y otros no cosechan nada» (República Unida de Tanzania, 1999).

Los pobres de las zonas urbanas también enfrentan otros riesgos ecológicos. Debido a la escasez de viviendas que estén al alcance de sus posibilidades, muchas familias pobres viven en casas ubicadas en laderas pendientes y en zonas pantanosas que están muy expuestas a deslizamientos de lodo y a inundaciones. En ciertas zonas de Benin, los pobres viven «en lugares en que el agua les llega al tobillo durante tres meses del año» y sufren problemas como enfermedades diarreicas e infecciones respiratorias, calles intransitables, menos oportunidades de vender productos en el sector informal y constante necesidad de hacer reparaciones en sus viviendas (Benin, 1994). En Senegal, los pobres de las zonas urbanas viven en lo que se denominan «vecindarios flotantes», es decir, en comunidades no planificadas de áreas periurbanas en condiciones insalubres y de hacinamiento (Senegal, 1995). Los incendios son un gran peligro en los barrios pobres de las zonas urbanas donde las casuchas están situadas muy cerca las unas de las otras debido al uso generalizado de queroseno para cocinar y para alumbrarse, y al empleo de cartón y madera como materiales de construcción (Sudáfrica, 1998).

Las condiciones climatológicas extremas, como las sequías y las inundaciones, pueden devastar comunidades en cualquier parte del mundo (véase el Recuadro 2.3), pero con frecuencia los que están más expuestos a sus consecuencias son los pobres que residen en zonas marginales y en viviendas precarias. En 1998, más de 60.000 poblados de la India sufrieron los embates de intensas lluvias, deslizamientos de tierras, inundaciones, tormentas de granizo, ciclones y sequías. Estos graves fenómenos climatológicos ocasionaron enormes pérdidas financieras, cuyo monto superó el total de los fondos destinados a fines de auxilio en los cinco años anteriores. La población pobre fue la más afectada. Por ejemplo, en Gujarat un ciclón destruyó más de 13.000

Recuadro 2.3. Las inundaciones de 1998 en Bangladesh

En 1998, Bangladesh sufrió las peores inundaciones de que se tenga memoria: comenzaron en el mes de julio y afectaron a las dos terceras partes del país durante un período sin precedentes de 11 semanas. Las inundaciones estacionales no son nada nuevo en Bangladesh, cuyos ríos (Ganges, Brahmaputra y Meghna) tienen una amplia cuenca. A través de las generaciones, la población y la economía de Bangladesh se han adaptado a estas inundaciones estacionales. Sin embargo, en los años en que coinciden la acción de los ríos y una precipitación pluvial superior a la normal, las pérdidas son enormes en términos de vidas, medios de supervivencia, propiedades y cultivos.

Más de 1.000 personas perecieron a causa de las inundaciones de 1998 y alrededor de 30 millones sufrieron sus estragos. Se estima que 15.000 kilómetros de caminos, 14.000 escuelas y miles de puentes y alcantarillas sufrieron graves daños. Las inundaciones afectaron no sólo a la infraestructura pública, sino también a los activos privados (incluidas más de 500.000 viviendas), los medios de producción y los insumos productivos; asimismo, produjeron significativos cambios en las pautas de la agricultura y redujeron los rendimientos agrícolas.

Fuente: Shah 1999.

chozas, en comparación con sólo algo más de 3.000 de las viviendas de construcción más resistente².

Los desastres naturales también pueden intensificar la vulnerabilidad derivada de otras causas, haciendo que resulten inadecuados los mecanismos utilizados tradicionalmente para hacer frente a las situaciones difíciles. De hecho, los pobres de Swazilandia y Zambia consideran que la sequía es uno de sus principales problemas (Swazilandia, 1997; Zambia, 1997). Asimismo, los residentes del distrito de Bolangir en la India señalan que les resulta imposible recuperarse de los ciclos quinquenales de sequía a causa de las enormes pérdidas de cosechas, de las deudas, de la hambruna, de la transferencia de las tierras, de la venta de activos y de los daños irreparables sufridos por los recursos forestales de las cercanías. En épocas de sequía, el consumo familiar se reduce a casi la mitad (India, 1997a; India, 1998a)³. El informe sobre Benin (1994), describe las presiones que ejerce la devastación causada por inundaciones en las redes de protección basadas en el parentesco.

Hace tres años tuvimos un año muy malo. Las inundaciones se llevaron todos nuestros cultivos y pasamos mucha hambre, a tal punto que muchos murieron de inanición. Fueron por lo menos una docena, en su mayoría niños y ancianos. Nadie pudo ayudarlos. Sus parientes que vivían en el pueblo tampoco tenían nada que comer; nadie tenía bastantes alimentos para sus propios

hijos, y ni hablar de los hijos de su hermano o primo. Y muy pocos tenían un pariente más rico en algún otro lugar que pudiera ayudarlos. —Benin, 1994

Activos y vulnerabilidad

Cuando tenemos una mala cosecha, necesitamos tres buenas cosechas para volver a la normalidad. —Viet Nam, 1999a

Vendí mis tierras, y ahora no tengo nada. Nunca podré volver a comprar mis tierras porque cada año los precios son más altos. —República Unida de Tanzania, 1999

[Me he vuelto como] un perro callejero que aúlla frente a las puertas cerradas de sus parientes con la esperanza de que alguien le abra. —Una madre con dos hijos de Georgia, 1997

Las EPPA revelan que los temores de la gente se centran en su falta de activos y en su preocupación acerca de si podrán sobrevivir en su situación de creciente inseguridad e incertidumbre, que abarca los ámbitos económicos, social y ecológico.

La clave de la vulnerabilidad quizás radica en la falta de un conjunto de activos de importancia fundamental, que expone a los individuos, los hogares y las comunidades a un riesgo mayor de caer en la pobreza. En otras palabras, cuanto mayor es el número y variedad de los activos que poseen, menor es su vulnerabilidad, mientras que la tenencia de menos activos incrementa el riesgo de empobrecimiento (Moser, 1998). Hace ya más de un decenio, Robert Chambers observó que en general las políticas orientadas a aliviar la pobreza no han tomado en cuenta la vulnerabilidad de los pobres. En vez de examinar los factores específicos que exponen a los individuos, los hogares y las comunidades al riesgo de empobrecerse o de que se acentúe su pobreza, esas políticas se han centrado en los niveles de consumo o de ingreso. El análisis de la vulnerabilidad, sin embargo, pone de manifiesto los aspectos de «indefensión, inseguridad y susceptibilidad a riesgos, traumas y estrés» (Chambers, 1989).

La vulnerabilidad siempre es producto de la conjunción de muchos factores. Un participante de una zona de Swazilandia que ha sufrido los estragos de la sequía y del cuatrерismo lo explica de esta manera:

Mucha gente mandaba a sus hijos a la escuela con ayuda del ganado. En la época de arar la tierra, usaban los bueyes. En la época de sembrar, vendían ganado para comprar semillas y fertilizantes. Cuando había sequía, se deshacían de unas cabezas de ganado para poder sostener a la familia hasta la cosecha siguiente. Pero ahora hay tantos «kraals» (corrales) vacíos [a causa de los robos] que los niños tendrán que dejar de ir a la escuela, a la gente le costará trabajo obtener insumos para la agricultura y aumentará nuestra vulnerabilidad al hambre durante los períodos de sequía. —Swazilandia, 1997

Vulnerabilidad en el hogar y en el empleo

La familia de un agricultor ha trabajado para otra familia durante tres generaciones, realizando un duro trabajo físico todos los días. Este hombre ha trabajado para el mismo agricultor desde que nació, pero no tiene nada, ningún ahorro, ni siquiera una bicicleta. Esta gente lo único que puede hacer es sobrevivir. —Sudáfrica, 1998

Cuando se le pide a la gente de las comunidades pobres que identifiquen a sus miembros más vulnerables, inicialmente suelen responder que todo el mundo es pobre. Así sucede en Mombasa, Kenya, pero después de reflexionar un poco más la gente identifica como más vulnerables a «las madres a cargo de familias monoparentales, los huérfanos, los niños, los hombres con familias numerosas, los jóvenes desempleados, las madres adolescentes, los trabajadores ocasionales y las mujeres casadas con hombres irresponsables o alcohólicos». Los niños, los ancianos, las viudas, los enfermos crónicos y los discapacitados figuran entre los grupos que con mayor frecuencia se mencionan como los más vulnerables. Estos grupos, dado que no pueden atender sus propias necesidades ni contribuir adecuadamente a la capacidad productiva del hogar, dependen de la ayuda de otros y representan una carga para esas personas. Cuando una familia es pobre, muchas veces no atiende a sus miembros vulnerables, y «la percepción popular parece ser que, dado que son tan limitadas, no merece la pena tratar de desarrollar sus capacidades» (India, 1997a). No es sorprendente que en Benin se considere que los hogares que gozan de más seguridad son los que tienen una mayor proporción de adultos productivos y saludables (Benin, 1994).

Con frecuencia se incluye a las mujeres entre los grupos más vulnerables, en muchos casos debido a la responsabilidad que tienen por la crianza de sus hijos. Las normas culturales y las restricciones jurídicas que limitan el acceso de las mujeres a los recursos y su capacidad para adoptar decisiones también intensifican su vulnerabilidad (Togo, 1996; Swazilandia, 1997). En las zonas rurales de Bangladesh, a las mujeres les interesa mucho poseer una vivienda propia y algunas tierras, debido a que así tienen un cierto grado de seguridad y una garantía para obtener préstamos. Cuando poseen algunas tierras cerca de sus casas, «las mujeres consideran que tienen muchas opciones para realizar actividades que generen ingresos, como la avicultura, el cultivo de huertos y las industrias caseras. En su mayoría piensan que no pueden dejar sus hogares para trabajar como jornaleras. Les atemoriza también la perspectiva de la viudez, el divorcio o el abandono por sus maridos» (Bangladesh, 1996).

Los hogares encabezados por mujeres, sobre todo cuando los niños son demasiado pequeños para trabajar o atenderse a sí mismos, son particularmente vulnerables (República del Yemen, 1998). Esos hogares pueden tener un nivel de ingreso más bajo, menos opciones en materia de empleos y menor capacidad en lo que respecta al trabajo (Pakistán, 1993). En los hogares de algunas zonas de la India, se espera que las mujeres no coman hasta que todos los demás hayan terminado, y en épocas de escasez no les queda prácticamente nada que comer (India, 1998a). En Filipinas, las mujeres dicen:

«Cuando escasea la comida, comemos sólo una vez al día para que nuestros hijos y maridos puedan comer tres veces al día» (Filipinas, 1999).

A pesar de que en general se considera que los activos pertenecen a la unidad familiar, con frecuencia los hombres del hogar son los que tienen el poder exclusivo de decidir cómo se usarán, sobre todo en épocas de crisis. «Al parecer, cuando les es posible, las mujeres tratan de guardar parte de sus ingresos para sus gastos personales y para emergencias. Sin embargo, invariablemente tienen que utilizar ese dinero para atender crisis personales, por ejemplo, para sufragar el costo de servicios de salud o de alimentos en épocas de enfermedades o desempleo, y las mujeres se ven expuestas a riesgos cuando se descubren sus hábitos de ahorro» (Pakistán, 1993).

Una de las características de la vulnerabilidad es la dependencia, particularmente la dependencia de recursos susceptibles de explotación o que son escasos o imprevisibles (véase el Recuadro 2.4). La falta de recursos victimiza a las personas y la vulnerabilidad provoca temores.

Puede haber diferencias basadas en el género incluso en los casos en que las mujeres tienen cierto control sobre los activos productivos. En Pakistán, país donde los bienes semovientes son un activo importante, las mujeres suelen criar animales pequeños, como aves de corral y ganado caprino, mientras que los hombres crían ganado vacuno. Los primeros que se venden son los animales más pequeños, porque se piensa que pueden reemplazarse más fácilmente (Pakistán, 1993).

Por último, las ocupaciones que pueden desempeñar los pobres en muchos casos acarrear riesgos físicos. Son frecuentes los casos de lesiones incapacitantes o mortales, agresiones, enfermedades y maltrato psicológico. En Ghana, por ejemplo, las personas con empleos no calificados, como empujar carritos de mercado o cargar y descargar mercancías, están sumamente expuestas a las enfermedades, discapacidades (temporales o permanentes) o a la incapacidad permanente. Además, los trabajadores no calificados se quejan de abusos por parte de los administradores y empleadores que no cumplen lo que convienen con ellos verbalmente (Ghana, 1995a).

En otra EPPA, se señala que trabajadoras migratorias de la India, que han huido de la devastación causada por la sequía, trabajan 20 horas diarias en actividades como recoger leña para venderla en poblados cercanos o transplantar plántulas de arroz (India, 1998a). El informe sobre Sudáfrica menciona diversos empleos riesgosos, y cita ejemplos de mujeres de hasta 75 años que se dedican a mezclar lodo y estiércol para fines de enyesado y de mujeres cuyo trabajo remunerado consiste en acarrear bidones de agua de 25 litros. En dicho informe también se hace referencia a ocupaciones muy peligrosas, como la recogida de basura y la prostitución, así como a otras más tradicionales. «En la comunidad de Krakeel, las principales fuentes de empleo remunerado son las granjas de árboles frutales y una planta de procesamiento de manzanas. Estas dos fuentes de ingresos exigen los mayores esfuerzos físicos y acarrear los mayores riesgos para la salud en comparación con todas las ocupaciones que se identificaron. La planta mencionada está edificada sobre una represa, y el piso se pone muy húmedo y frío. Una mujer manifestó que

Recuadro 2.4. La historia de Murari

Murari es un hombre de 30 años de edad que vive actualmente en el pueblo de Kedarkui con su familia. Cinco años atrás comenzó un período de trabajo agrícola contractual con un agricultor de la predominante casta Thakur. Los miembros de esta casta también son prestamistas en muchos de los pueblos vecinos. Hace cinco años Murari obtuvo un préstamo de aproximadamente Rs.1.000 para hacer frente a una emergencia. Como condición para la obtención del préstamo, Murari se vio forzado a trabajar en las tierras del agricultor y prestamista Thakur como jornalero por un salario de sólo Rs.5.000 al año. Su empleador le proporcionaba alojamiento, alimentos y algo de dinero para gastos ocasionales a Murari y a su familia, llevando estricta cuenta de todo lo que les daba.

Al final de los dos primeros años, Murari le debía Rs.2.500 a su empleador. Es decir, después de dos años de trabajo, le debía 250% más de lo que había tomado en préstamo originalmente a causa de los intereses que el prestamista le cobraba sobre el préstamo original, los cargos por comida y alojamiento, los pequeños préstamos que le había ido haciendo, etc. No obstante, a pesar de su terrible situación, Murari no podía dejar los predios del agricultor Thakur para tratar de obtener un trabajo mejor remunerado. Si trataba de marcharse o de huir, el prestamista lo perseguiría y las consecuencias indudablemente serían graves. Después de cinco años de trabajar como jornalero agrícola y empleado doméstico de su empleador Thakur, Murari le debe más de Rs.8.000. Murari y otros en condiciones semejantes se encuentran en una situación de casi total impotencia cuando entran en el círculo vicioso del trabajo contractual, en el que quedan a merced del trato tiránico y la explotación de los prestamistas. Sin embargo, muchos de los habitantes más pobres de estas zonas no tienen ninguna otra fuente a la que puedan acudir para obtener préstamos, y en determinadas circunstancias no les queda más remedio que aceptar las condiciones abusivas que les imponen los prestamistas locales.

Fuente: India 1997a.

la hinchazón que tenía en las piernas y el dolor que sentía en ellas se debía a las condiciones en que tenía que trabajar en dicha planta» (Sudáfrica, 1998).

Las mujeres también se quejan a menudo de acoso sexual por parte de sus compañeros de trabajo y personal directivo (India, 1998a; Pakistán, 1993).

Conclusiones

Pueden derivarse importantes conclusiones de los datos contenidos en las EPPA acerca de la forma en que la propia gente pobre define y comprende la pobreza y de las estrategias que utilizan para la gestión de los escasos y disputados recursos a su disposición. La pobreza tiene múltiples dimensiones estrechamente relacionadas entre sí. Las definiciones de la pobreza se centran en la dificultad de obtener alimentos y de ganarse la vida. Sin embargo, lo que resulta notable es la medida en que la dependencia y la falta de poder y de voz se perfilan como los aspectos básicos de la forma en que los pobres definen la pobreza. La falta de poder y de voz son factores que también influyen en el aumento de la sensación de vulnerabilidad y en la incapacidad de la población pobre para protegerse de las conmociones. Los pobres hablan mucho de los activos, pero pocas veces de los ingresos. Esto tiene repercusiones para los métodos de medición de la pobreza que utilizamos. Uno de los desafíos por delante es el del seguimiento y medición de los cambios en el poder y la voz de la gente, junto con otros indicadores de la pobreza, como las estimaciones de los gastos y del consumo, y el acceso a los servicios de educación y de salud.

Tres son las conclusiones principales que se derivan del análisis del conjunto de recursos a disposición de los pobres y de los métodos de gestión utilizados para atenuar la vulnerabilidad a las conmociones. En primer lugar, los activos que los pobres emplean para encarar las adversidades sociales, económicas y ecológicas son de distinta naturaleza; comprenden una amplia gama de recursos físicos, humanos, sociales y ecológicos, tanto tangibles como intangibles. Es posible que las familias que carecen de ciertos activos de importancia crucial no siempre sean pobres, pero así y todo su vulnerabilidad puede ser extrema en épocas de necesidad o de crisis.

En segundo término, los activos a disposición de los pobres son escasos y disputados. La capacidad de acudir a estos recursos en épocas de necesidad depende directamente de las relaciones de poder que rigen su disponibilidad en diversos niveles, desde los hogares hasta el plano institucional formal. Con frecuencia hay diferencias considerables en función del género. Casi por definición, la movilización de activos involucra una negociación de poder y control.

Por último, en comparación con activos como formar parte de redes de parentesco sociales, y tener acceso a servicios de salud, oportunidades de empleo, tierras y otros recursos que les permiten atender sus propias necesidades, los pobres tienden a mencionar los ingresos con poca frecuencia. De hecho, el informe sobre Ghana señala que «la posibilidad de tener medios seguros para ganarse la vida a menudo es más importante que los incentivos para maximizar los ingresos» (Ghana, 1995a). Esto no es sorprendente en vista de la intensa vulnerabilidad de las personas y comunidades pobres a conmociones que pueden ser devastadoras y están fuera de su control. Estas conclusiones deben considerarse detenidamente en el contexto de la formulación de las políticas. Los datos obtenidos proporcionan pruebas contundentes de que, para muchos de los pobres del mundo, los ingresos monetarios sólo constituyen una parte de un conjunto mucho más amplio de posibles

activos. Dado que las relaciones sociales son un activo y que las personas pobres tienen poco poder de negociación, su capacidad de organización y la calidad de los sistemas de intervención revisten importancia vital.

Estudio de caso 2.1: Focalización en Europa oriental y la antigua Unión Soviética

Derrumbe de las instituciones, pobreza súbita

Para los pobres, toda la situación es terrible: enfermedades, humillación y vergüenza. Nos sentimos incapacitados, todo nos atemoriza, tenemos una dependencia total. Nadie nos necesita. Somos como basura de la que todo el mundo quiere deshacerse.
—Una mujer ciega de Tiraspol, República de Moldova, 1997

Me siento muy incómoda cuando me pregunta cómo definiría mi situación. No puedo hacerlo ... [se encoge de hombros], lo que sé es que soy pobre. —Ex República Yugoslava de Macedonia, 1998

A pesar de que en muchos casos las condiciones en que vive la población de esta región son mejores que las prevalecientes en gran parte del mundo en desarrollo, la gente ha reaccionado con profunda humillación, vergüenza, desconcierto y confusión ante la dura situación social y económica del pasado decenio. Tras décadas de empleo estable garantizado por el Estado; subvención de los alimentos, la vivienda, la educación, y los servicios médicos, y niveles de vida que, aunque no opulentos, eran por lo menos adecuados, la caída del sistema comunista ha traído consigo una rápida erosión de prácticamente todos los sistemas de protección social y ha sembrado una masiva inseguridad en los habitantes de la región que han visto sus ahorros y activos que habían acumulado disminuir y en última instancia desaparecer.

Un anciano pensionado de Moldova se quejó de su situación en los términos siguientes: «[Antes de la independencia] yo tenía dos mil rublos ahorrados en el banco para un caso de necesidad, para mi funeral. En esa época era una cantidad más que suficiente. Ahora tengo dos lei. ¿Qué puedo comprar con esa suma?» (República de Moldova, 1997). La pérdida de la seguridad que tenían antes ha creado en la gente un profundo sentimiento de desesperanza, depresión y temor de lo que podrá depararles el futuro.

La forma en que la gente define la pobreza en Europa oriental y la antigua Unión Soviética varía según diversos factores, entre ellos el género, la situación económica y la posición de los encuestados en la jerarquía socioeconómica antes de la transformación de las condiciones sociales y económicas ocurrida a fines de los años ochenta y principios de los noventa. Las personas más pobres comúnmente se refieren a los aspectos más básicos de la pobreza: hambre, cantidad insuficiente y mala calidad de los alimentos, malas condiciones de vida y problemas de salud. A su vez, los pobres suelen hablar de su incapacidad de atender las necesidades de sus hijos, de seguir sus tradiciones sociales, de tener una vida cultural e intelectual estimulante. Para

muchas personas pobres, la transición a una economía de mercado, a la «independencia», a la «democracia», ha involucrado una vulnerabilidad e injusticia social sin precedentes.

En toda la región los pobres han adoptado estrategias de supervivencia para poder hacer frente a esta súbita pobreza. Un activo sumamente importante es el acceso a tierras, ya sean propias o de la familia. El acceso aunque sólo sea a una parcela pequeña ofrece la posibilidad de autoabastecerse de alimentos para atender las necesidades familiares y, por ende, de reducir los gastos. Los alimentos producidos en estas parcelas a menudo también pueden intercambiarse por otros bienes y servicios. Las familias se han visto obligadas a bajar drásticamente sus niveles de consumo, en ocasiones hasta el punto de limitar sus gastos a la atención de las necesidades más básicas, como alimentos y vivienda. La carne y las frutas y verduras frescas se han eliminado casi totalmente de la dieta de los pobres, y estos productos han sido reemplazados con alimentos ricos en carbohidratos, como pan, papas y pastas, que son más baratos pero menos nutritivos (véase el Recuadro 2.5).

Se han reducido o eliminado completamente los gastos en servicios de salud y ha aumentado la dependencia de remedios caseros y tradicionales. Asimismo, los pobres de toda la región venden sus activos para poder sobrevivir. Los pensionados dependen también de la venta de sus objetos materiales, quizás porque han podido acumular un mayor número durante su vida, pero además a causa de su necesidad de pagar costosos tratamientos médicos. La venta de posesiones es un método importante de complementar las pensiones que son bajas y con frecuencia se pagan de forma irregular (Azerbaián, 1997).

Humillación y vergüenza

Si reconozco con franqueza que soy pobre, psicológicamente mi vida será más dura. —Una agrónoma de 45 años de Letonia, 1998

Con mucha mayor intensidad que las correspondientes a las demás partes del mundo, las evaluaciones de la pobreza realizadas en la antigua Unión Soviética ponen de relieve la profunda vergüenza y humillación que sienten las personas cuando se les confronta con su propia pobreza y se les pide que describan sus condiciones de vida actuales. En el sistema anterior, se consideraba que la pobreza se debía a pereza e incompetencia, y con frecuencia se relacionaba con una conducta delictiva. En general, se estimaba que la pobreza era consecuencia de defectos personales o de rasgos familiares indeseables y de una educación deficiente en el hogar, y que reflejaba una falta de valía social y moral. Estas actitudes pueden atribuirse en parte al legado del régimen comunista, durante cuya vigencia todo análisis serio de la pobreza se habría considerado como un desafío directo a la autoridad y legitimidad del gobierno central que estaba obligado a velar por el bienestar de toda la población. Por esta razón, en la ideología soviética la pobreza se definía como un fenómeno social que ocurría principalmente en grupos de conducta aberrante (Georgia, 1997; Azerbaián, 1997).

Recuadro 2.5 Alimentos: el factor primordial en la pobreza

Pobreza significa que a veces por la noche me acuesto con hambre porque no tengo pan en casa. —Ex República Yugoslava de Macedonia, 1998

Un pobre es alguien que durante 20 días del mes come papas hervidas sin mantequilla, bebe té sin azúcar y no tiene bastante dinero para comprar pan al precio subvencionado. —Armenia, 1995

Iván y Lolita (que antes trabajaban en una granja colectiva y se aproximan a la edad de la jubilación) ahora sobreviven con lo que pueden producir en su propio huerto, con los trabajos ocasionales que encuentra Iván y con lo que Lolita puede recoger en el bosque y vender. Se alimentan sobre todo con papas; estuvieron todo el invierno pasado sin comer pan. En los dos últimos meses se han alimentado con pan de papas: muelen las papas, las mezclan con aceite y las hornean. Lolita llora cuando ve una barra de pan. —Letonia, 1998

Si considero como vive otra gente, siento que soy pobre porque no puedo darle a mi hijo lo que necesita. No es normal que una persona que trabaja tenga que preocuparse de si podrá comprar pan para su hijo y sólo pueda ir tirando a duras penas. —Letonia, 1997

Sólo Dios sabe cómo podremos sobrevivir este invierno. De noche me despierto porque me duele el estómago, porque tengo hambre. —Un ex trabajador de una granja colectiva de la República de Moldova, 1997

Para mí la pobreza es el hecho de haber comprado harina negra con el último dinero que nos quedaba porque es la más barata. Hicimos pan con esa harina y nos pareció incomible. Nos quedamos atónitos, pero no nos quedó más remedio que comerlo, no teníamos ninguna otra cosa. —Ex República Yugoslava de Macedonia, 1998

La vinculación de la pobreza con defectos personales o familiares sigue estando firmemente arraigada en la mentalidad colectiva. En este contexto, mantener aunque sólo sea la apariencia de prosperidad es esencial para sostener las conexiones sociales que permiten obtener bienes y servicios (República de Moldova, 1997). Por esa razón, a las personas que han realizado un trabajo productivo durante toda su vida y que, a pesar de ello, tienen muy poco o nada en su haber, les resulta muy difícil reconocer que ahora son pobres y realizan esfuerzos extremos para atender sus propias necesidades y las de sus familias. El reconocimiento de su pobreza empeoraría su situación, que ya es insostenible.

De modo que la gente con frecuencia trata de ocultar su pobreza a sus amigos y vecinos (Letonia, 1997). Ante las preguntas de los encuestadores, muchas personas sencillamente negaron ser pobres, y describieron su situación como «mediana», «cercana a la pobreza» o «desfavorecida». Un residente de un poblado de Armenia se expresó de esta forma: «Si una persona está necesitada, sólo decimos que no vive muy bien» (Armenia, 1995). La gente teme que el conocimiento de su verdadera situación económica menoscabará el honor de la familia, reducirá el respeto de que goza en la comunidad y perjudicará las oportunidades futuras para sus hijos (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998).

Un encuestado de Letonia afirma: «Nuestra situación es realmente mediana [porque] hay otros que están mucho peor»; sin embargo, «necesitamos muchas cosas, pero no podemos conseguir nada» (Letonia, 1997). En la República de Moldova, incluso personas que a los encuestados les parecía que eran extremadamente pobres se negaron a identificarse como «pobres». Preferieron describir su situación como «cercana a la pobreza», pero no de total pobreza. Un antiguo catedrático de física de Tbilisi relata que se vio obligado a tomar un puesto de chofer para poder mantener a su familia. Se fue a trabajar a otra ciudad para no tener que sufrir la humillación de que la gente lo viera conduciendo una limosina. «Me habría sentido humillado trabajando como chofer en la capital, pero aquí nadie me conoce. Así y todo me resulta difícil. Hace poco me encontré con algunos de mis antiguos alumnos; todavía me siento avergonzado porque les mentí y les dije que el auto que conducía era mío y que era propietario de este apartamento. Hasta hoy creen que soy director de alguna empresa» (Georgia, 1997).

En gran medida la humillación se deriva de la súbita imposibilidad de comportarse de una forma acorde con normas sociales muy arraigadas. Cuando a las personas les resulta imposible mantener esas normas, se retraen y se aíslan socialmente, lo que les causa depresión y la sensación de no servir para nada. Estos efectos psicológicos negativos han debilitado la cohesión social de las comunidades, los grupos de parentesco e incluso los hogares.

Por ejemplo, para muchos de los encuestados en la región, en particular los de más edad, la seguridad de tener un funeral digno sigue teniendo alta prioridad. La imposibilidad de enterrar y honrar debidamente a un ser querido que ha fallecido puede poner en entredicho el honor de la familia. En Georgia, por ejemplo, los funerales tienen gran importancia simbólica y social, y constituyen

ocasiones en que las familias demuestran su solidaridad social dentro de su propio seno y respecto a los demás. Son ocasiones para hacer gala del prestigio, honra y prosperidad de la familia. La expectativa es que las amistades y miembros de la familia extensa del difunto asistan al funeral y traigan obsequios. Durante el régimen socialista, la mayoría de los ancianos de Georgia podían ahorrar dinero para afrontar el alto costo de su funeral, pero casi todos han perdido la mayor parte de sus ahorros. Ahora los ancianos se ven obligados a depender del apoyo financiero y material de sus familias durante los años que les quedan de vida, o a gastar los ahorros que habían acumulado y dejar que sus familiares afronten en su momento el costo de su funeral (Georgia, 1997).

En Armenia, los funerales siguen teniendo un alto significado social y cumplen una importante función de fomento de la solidaridad social en la comunidad. Las familias de los difuntos tienen la responsabilidad de preparar una gran comida e invitar a los miembros de la comunidad. A pesar de que los invitados suelen traer regalos, el financiamiento de un funeral puede agotar los recursos de las familias, sobre todo las más pobres, y obligarlas a endeudarse (Armenia, 1995). La gente de Azerbaiyán dice que siente gran vergüenza y malestar cuando no puede costear un funeral digno para un miembro de su familia. Una mujer perteneciente al grupo de las personas internamente desplazadas (PID) manifestó que se sentía avergonzada y humillada por haber tenido que vender su última alfombra, la alfombra en la que tenía la intención de ser enterrada (Azerbaiyán, 1997).

Estos problemas no se plantean únicamente en relación con los funerales, sino también con otros acontecimientos sociales importantes. La hospitalidad cumple la significativa función social de ayudar a forjar y mantener conexiones de importancia vital y determinar la posición en la comunidad. En Azerbaiyán, la capacidad de atender debidamente a los invitados es un destacado indicador de la posición social (Azerbaiyán, 1997); sin embargo, acontecimientos sociales que antes eran grandes y extravagantes ahora son pequeños y modestos. En Georgia, donde la hospitalidad reviste gran importancia como norma social, las personas viven con temor de tener que ser anfitriones o invitados, y en general evitan las bodas y los funerales. Los anfitriones no tienen nada que servir a los invitados, y éstos no poseen nada con qué obsequiar a los anfitriones. Esta situación es muy humillante para todas las partes.

Un chofer de 35 años de Ucrania recordó que antes las familias solían invitar a 150 personas a celebrar un casamiento. Ahora, cuando hay una boda, se le dice a poca gente y sólo se invita a un pequeño número de miembros de la familia (Ucrania, 1996). Un encuestado de Moldova relata lo siguiente: «En el norte de Moldova, las fiestas que daba una familia con motivo de un casamiento eran un indicador de su grado de bienestar. Los padres se preparaban toda una vida para poder dar estas fiestas. Ahorraban dinero para comprar muebles, refrigeradores y televisores para la joven pareja. Durante el régimen soviético los padres se sentían muy avergonzados si no podían dar una gran fiesta cuando sus hijos se casaban. Esto significaba que eran pobres y se consideraba que los pobres eran haraganes. Algunos padres incluso les daban a sus hijos una casa y un automóvil como regalo de bodas. Las bodas

se celebraban bajo carpas que cubrían una enorme superficie, en palacios de cultura o en restaurantes. Ahora sencillamente se celebran en casa» (República de Moldova, 1997).

Una mujer de Georgia dice que como no tiene los medios para comprar regalos desconecta el teléfono cuando está esperando una invitación. Así puede excusarse diciendo que debido a que su teléfono estaba estropeado se enteró de la invitación demasiado tarde (Georgia, 1997). Una persona encuestada en Letonia manifestó: «Durante los dos últimos años no hemos celebrado ninguna de las fiestas con otras personas. No podemos afrontar el costo de invitar a nadie a nuestra casa, y nos sentimos mal de ir a casa de otros sin llevarles un regalo. Esta falta de contacto hace que uno se sienta deprimido, le crea una constante sensación de tristeza y reduce su autoestima» (Letonia, 1998).

Encuestados de Moldova describen la pobreza como un proceso de creciente aislamiento social, debido a su capacidad cada vez menor de participar en los actos sociales y las tradiciones que antes unían a la gente y contribuían a crear y mantener vínculos sociales. Piensan que la pobreza está destruyendo estas tradiciones paulatinamente (República de Moldova, 1997). En Ucrania, los miembros más pobres de la sociedad no sólo no pueden afrontar el costo de tener invitados, sino que también se ven obligados a rehusar invitaciones porque no pueden comprar ni siquiera un pequeño obsequio para sus anfitriones. Una mujer de 26 años que vive con sus padres, que son pensionados, una hermana y una sobrina señala: «Hace un año que no veo a mi amiga; no puedo ir a visitarla sin llevarle aunque sólo sea un regalo pequeño. Nos quedamos en casa sin ir a ningún lugar» (Ucrania, 1996). «Me siento totalmente inútil en esta sociedad», afirma un joven de 20 años en la ex República Yugoslava de Macedonia. «Con frecuencia me siento desalentado. Estoy buscando trabajo y no encuentro nada. No quiero pedirles dinero a mis padres porque sé que no tienen. A menudo evito a las muchachas por esta razón. Me siento avergonzado de no poder ni siquiera pagar mi propio trago» (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998). Una mujer casada de la ex República Yugoslava de Macedonia, que tiene 51 años y un hijo de 14 años, perdió su trabajo después de 20 años debido a una «excedencia técnica». Dice lo siguiente: «Me duele en el alma que alguien venga a mi casa y no tener siquiera café que ofrecerle. Me avergüenza lo bajo que hemos caído» (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998).

El prestigio es muy importante en la antigua Unión Soviética. El nivel de educación de una persona, el trabajo que desempeña y la posición social de su familia son factores que contribuyen al grado de prestigio de que goza. El prestigio y la posición social siguen siendo activos importantes debido al acceso que brindan a escasos bienes y servicios. La posición social tiene aspectos tanto materiales como psicológicos y su erosión puede tener efectos devastadores. Muchas personas prefieren vender pertenencias antes que dejar un trabajo prestigioso (Georgia, 1997). Los maestros consideran que se les respeta menos en las aulas debido a que ya no pueden comprar prendas de vestir apropiadas para realizar su trabajo. Una maestra de Tbilisi relató la

humillación que sintió cuando uno de sus alumnos de ocho años le preguntó por qué se parecía a una mendiga que había visto en un programa de televisión (Georgia, 1997).

Formas de encarar la pobreza

Hay gente que vive peor que yo, pero también hay otra que vive mejor. Para algunos soy pobre, y para otros no lo soy, pero en comparación con mi situación anterior, soy un mendigo.
—Armenia, 1995

Cada persona enfoca la pobreza desde la perspectiva de la situación de que disfrutaba antes o, según las circunstancias, de la situación de quienes la rodean. —Letonia, 1998

La gente de Europa oriental y la antigua Unión Soviética suele evaluar su situación económica actual comparándola tanto con su anterior nivel de vida como con el nivel de vida que ahora tienen otras personas. Estos dos enfoques se orientan no sólo a tratar de explicar racionalmente la transformación sufrida por su posición social, sino también a reconciliarse psicológicamente con sus experiencias. Esta es una de las características más comunes de los informes de esta región. La comparación de su situación actual con la que tenían antes es una forma en que los encuestados externalizan la responsabilidad por el cambio ocurrido en su situación. Al mencionar acontecimientos específicos que provocaron el empobrecimiento de todos, citar ejemplos de personas que están en una situación peor que la de ellos o señalar la conducta delictiva y la duplicidad de los ricos, los encuestados expresan su sentir de que, por lo menos en cierta medida, su empobrecimiento no es consecuencia de defectos personales sino de acontecimientos totalmente fuera de su control, como la transición asociada con la independencia y, en algunos casos, otras conmociones, como el terremoto ocurrido en Armenia en 1988 que dejó a miles de personas sin hogar (Armenia, 1995).

Las personas de más de 40 años a menudo hacen comparaciones históricas, rememorando la era socialista con una sensación de nostalgia, pérdida y pena. Una de las personas encuestadas asevera: «Entonces no había diferencias tan grandes entre la gente, no había pobreza. Había una clase media que vivía bien» (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998). Un encuestado de Letonia, al comparar la situación actual con la prevaleciente antes de 1989, señala: «En todo caso, no había problemas; nunca vivimos demasiado bien, pero no le debíamos nada a nadie» (Letonia, 1997). Una madre a cargo de una familia monoparental compuesta de dos hijos que está desempleada dice: «Creo que otras personas se compran cosas nuevas, yo no puedo comprar nada. No se le da importancia a que una persona pueda sobrevivir o no, a nadie le preocupa» (Letonia, 1997).

En Georgia, donde los precios se decuplicaron en 1992, y en 1993 subían a una tasa mensual de entre 100 y 300%, un hombre dice que antes del período de hiperinflación tenía suficiente dinero para comprarse un automó-

vil, mientras que ahora con esa misma cantidad sólo podría comprarse cuatro barras de pan (Georgia, 1997). La situación era semejante en Ucrania, donde «una familia de cuatro personas que habitaba en una vivienda con dos habitaciones podía considerarse pobre si no era capaz de ahorrar lo suficiente para hacer compras importantes, como una casa de verano, muebles o una lavadora. No obstante, esa familia podía afrontar fácilmente el costo de alimentos, vivienda y servicios públicos, vacaciones y ropa» (Ucrania, 1996). Ahora, sin embargo, casi todos estos rubros están totalmente fuera del alcance de estas familias, que tienen que luchar mucho sólo para poder obtener los alimentos, servicios de salud y viviendas adecuadas que necesitan.

La comparación de la situación de uno con la de otras personas (la descripción sincrónica de la pobreza) cumple dos funciones. Primero, muchos mencionan a otros cuya situación es peor como ejemplos de gente verdaderamente pobre para no tener que reconocer su propia miseria. «Mi situación es muy difícil», les dicen a los investigadores, «pero todavía tengo algo que comer y alguna ropa que ponerme. Esta mañana vi a dos mujeres que estaban comiendo alimentos que habían sacado del basurero. Esa es la verdadera pobreza» (República de Moldova, 1997).

Segundo, muchas personas también se comparan con los que son más ricos, y atribuyen la riqueza de este grupo a su corrupción y falta de honradez. Sobre todo en el caso de las personas de más de 40 años, las reglas de la nueva economía de mercado parecen contravenir los valores que les inculcaron sus familias. Dado que en el régimen anterior se consideraba que «comercio equivalía a “especulación”, y que la “especulación” era una forma deshonesto e incluso delictivo de hacer dinero», se comparan con sus vecinos que han superado sus propias barreras psicológicas, dedicándose al ambulante y al comercio (actividades que han pasado a ser representativas de las nuevas relaciones de mercado). Aseveran que prefieren mantener el respeto de sí mismos y el de sus iguales ganando sueldos muy bajos en el sector estatal o vendiendo sus posesiones personales (Georgia, 1997).

El mantenimiento de conexiones con personas pertenecientes al sector estatal y al sector empresarial y, en general, con personas que gozan de cierto control sobre los escasos recursos disponibles, es esencial para evitar la pobreza, pero a medida que en la sociedad se acentúa la división entre ricos y pobres, muchos están perdiendo las conexiones que tenían antes con esos grupos. Los encuestados en Georgia a menudo identifican al «capitalismo» y a las «relaciones de mercado» con la inexorable defensa del interés propio, con total indiferencia por los efectos en las personas que no forman parte de la red social correspondiente (Georgia, 1997). Hay un chiste popular en Ucrania que capta muchas de las actitudes hacia la obtención de ganancias en la nueva economía y la importancia de contar con conexiones oficiales que permitan agenciarse bienes y servicios:

Funcionarios de Naciones Unidas están entrevistando a tres pilotos para integrar un destacamento aéreo internacional de esa organización: un alemán, un norteamericano y un ruso. El

alemán indica que tiene experiencia y desea un sueldo de 3.000 \$. El norteamericano afirma que posee una excelente formación y quiere un sueldo de 6.000 \$. El ruso pide un sueldo de 9.000 \$. Cuando le hacen preguntas sobre su experiencia, el ruso reconoce de inmediato que nunca ha pilotado un avión y que no tiene ninguna experiencia militar. Cuando los atónitos funcionarios de Naciones Unidas le preguntan por qué pide un sueldo de 9.000 \$, el ruso responde con total desenfado: «La razón es sencilla: 3.000 \$ para ustedes, 3.000 \$ para mí y 3.000 \$ para el alemán. ¡Que él sea el piloto!» —Ucrania, 1996

Este chiste refleja los cambios registrados en la ideología y actitudes hacia la obtención de ganancias, y cómo «el hecho de que una persona esté dispuesta a transgredir las normas le permite a otra ganar dinero sencillamente aprovechándose de sus conexiones con ella» (Ucrania, 1996). «Nosotros tenemos nuestros propios problemas, que radican en encontrar la forma de sobrevivir», afirma un hombre de Letonia, «y ellos tienen los suyos, que consisten en pensar cómo resguardar sus fortunas» (Letonia, 1998).

Zonas rurales y zonas urbanas: distintos activos, diferentes necesidades

Ahora los campesinos viven 10 veces mejor que los que viven en las ciudades, pero tienen que trabajar 10 veces más duro. —Un agrónomo de Armenia, 1995.

Los pobres de las zonas tanto rurales como urbanas hablan de los problemas existentes en relación con los alimentos y el acceso a los servicios básicos. Si bien hay indicios de que en las zonas rurales la pobreza pudiera ser menos intensa que en las áreas urbanas debido a las posibilidades de autoabastecimiento que tienen sus habitantes, las estadísticas relativas a los ingresos indican que la pobreza está más generalizada y es más severa en el campo que en las ciudades. (Véase, por ejemplo, la República Kirguisa, 1998). Al igual que en el resto del mundo, en las zonas rurales tradicionalmente ha habido menos acceso a servicios básicos, como transportes, atención de la salud y escuelas.

En Georgia, familias de zonas tanto urbanas como rurales manifiestan haber tenido que pasar varios días sin comer, sobre todo para asegurar que sus hijos tengan algo de comida. El hambre afecta a los habitantes de las zonas rurales sobre todo antes de la época de la siembra a principios de la primavera, cuando se les han agotado todos los alimentos. Sin embargo, en las zonas urbanas el hambre suele ser más intensa, y los pobres dicen que durante largos períodos subsisten sólo con pan y té (Georgia, 1997).

Una pequeña parcela en la que puedan cultivar verduras o conexiones sociales con familiares u otras personas que producen alimentos son importantes recursos para las familias urbanas. De hecho, los residentes de las ciudades opinan comúnmente que los habitantes de las zonas rurales por lo menos tienen menos posibilidades de pasar hambre. «¿De qué me sirve que haya

de todo en la ciudad?», pregunta una mujer. «Uno ve cosas, pero no tiene dinero para comprar nada. Yo sería feliz si viviera en un pueblo. Si tuviera una parcelita, sembraría cosas, criaría ganado y le diría adiós a la pobreza» (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998). En Armenia, incluso se ha registrado una leve tendencia a la migración urbanorural para aprovechar las extensas redes de parentesco existentes en los pueblos y el mayor acceso a la tierra (Armenia, 1995).

Sin embargo, los habitantes pobres de zonas rurales con frecuencia dicen que se sienten aislados y que carecen de elementos clave de infraestructura, como transportes, escuelas y dispensarios (Letonia, 1998). Por ejemplo, los residentes de zonas rurales de la ex República Yugoslava de Macedonia dicen muchas veces que su situación es más difícil que la de los habitantes de las ciudades debido a que no tienen los servicios básicos. «En el pueblo tenemos una escuela primaria que va hasta el cuarto grado y una tienda», señala una persona pobre. «Nuestros hijos tienen que ir a la ciudad más cercana para poder seguir estudiando. También tenemos que ir ahí para recibir atención médica. Debemos ir a la ciudad para comprar todo lo que necesitamos... y esto nos representa gastos adicionales».

Las entrevistas realizadas en Letonia sugieren que la pobreza en las áreas urbanas suele ser más anónima. La gente no está tan consciente de la situación de sus vecinos y puede hacer caso omiso de quienes buscan comida en los basureros. Los habitantes de las ciudades con mayor frecuencia definen la pobreza como la imposibilidad de tener acceso a las actividades culturales y sociales que antes disfrutaban.

Vulnerabilidad y desesperación

Antes, los pensionados podían ayudar a sus hijos y todavía guardarse algo para ellos, pero ahora lo único que uno puede hacer es dejarse estar y morir. —Letonia, 1998

¡Ustedes los trajeron al mundo, ahora ustedes tienen que arreglar este lío que armaron! —Respuesta dada por funcionarios a madres que solicitaban apoyo para sus hijos necesitados, Ucrania, 1996

Los grupos a los que el régimen socialista antes proporcionaba apoyo primario son particularmente vulnerables. Estos grupos comprenden a los ancianos, los discapacitados, los niños (en particular los huérfanos), los desempleados y los que carecen de redes adecuadas de protección social.

En toda la región, muchas de las categorías de ancianos se sitúan entre los segmentos más vulnerables de la población (véase el Recuadro 2.6). Dado que tienen que subsistir con las pensiones estatales que reciben, cuyo nivel es realmente mínimo, a menudo dependen de sus hijos y de miembros de su familia extensa, a quienes ya les resulta muy difícil arreglarse con los recursos de que disponen. Un problema importante que encaran los pensionados es el de lograr que les paguen sus pensiones de forma regular y oportuna (República de Moldova, 1997). En 1995, el valor de las pensiones en Azerbaiyán había descendido a un 4% del que tenían en 1991 (Azerbaiyán, 1997). Una pensionada de Bakú, Azerbaiyán, había trabajado como técnica de radiogra-

Recuadro 2.6. La situación de los ancianos en Europa oriental y la antigua Unión Soviética

Cuando me acosté era un hombre rico que podía comprar varios automóviles. Pero cuando me levanté era un mendigo. —Un pensionado de Kharkiv, Ucrania, 1996

¿Quién le va a proporcionar asistencia social a los pensionados si ni siquiera ayudan a los jóvenes? Nosotros, los pensionados, estamos enfermos y no servimos para nada. No producimos nada. ¿De modo que quién nos necesita? —Ucrania, 1996

Soñábamos que cuando estuviéramos pensionados seríamos felices y podríamos disfrutar de nuestros nietos y verlos crecer e independizarse. ¿Y ven en lo que hemos caído? En vez de que nuestros hijos nos ayuden, a ellos les resulta imposible arreglarse y administrar sus propias vidas. Si no fuera por la pensión, tendrían que salir a mendigar. —Ex República Yugoslava de Macedonia, 1998

Hoy en día uno no puede morir. Hace poco tiempo un amigo tuvo que enterrar a su madre. El funeral le costó Krb 50 millones (226 US\$). Para pagarlo, tuvo que vender la medalla Lenin que tenía su madre por 380 US\$. ¿Cómo van a poder enterrarme mis hijos? Me horroriza pensar en eso. —Ucrania, 1996

fías y operadora telefónica, pero a causa de la hiperinflación tanto su pensión como sus ahorros perdieron prácticamente todo su valor. «Antes tenía un abrigo de visón, y ahora ni siquiera puedo comprarme un par de zapatos». La pensión con la que debe vivir es pequeña y se ve obligada a vender los objetos que tiene en su hogar. Ya no puede sufragar el costo de los servicios médicos y de los medicamentos necesarios para tratar la tuberculosis que padece. Su dieta consiste sobre todo en margarina y pastas (Azerbaiyán, 1997). Algunos pensionados tienen trabajo y pueden obtener ingresos para complementar lo que reciben del Estado, pero a muchos les resulta imposible encontrar empleo o están incapacitados físicamente para trabajar. Los resultados cualitativos de la EPPA de Azerbaiyán contradicen los datos emanados de anteriores encuestas de hogares, según los cuales los pensionados que tenían empleos estaban entre los grupos menos vulnerables de la población (Azerbaiyán, 1997). Los sueldos tienden a ser muy bajos y hay poca seguridad en el empleo. En Georgia, las demoras en el pago de las pensiones también les plantean graves problemas a los ancianos pobres. Los pensionados que no tienen redes familiares a las que puedan acudir figuran entre los más vulnerables. Un gran número de ancianos tiene que acudir a la mendicidad

para poder subsistir (Georgia, 1997). Muchos están enfermos e incapacitados y no pueden trabajar. Otros han visto cómo los ahorros de toda su vida se han esfumado debido a la hiperinflación y han tenido que vender sus posesiones personales para poder sobrevivir. Algunos pensionados pueden autoabastecerse produciendo alimentos en pequeñas parcelas, pero otros no pueden hacerlo porque están incapacitados o carecen de acceso a tierras.

Los niños también corren el riesgo de pasar hambre, y las familias que tienen muchos hijos con frecuencia están entre las más pobres (Letonia, 1998). En Azerbaiyán, los encuestados mencionaron que el trabajo infantil está aumentando, y que es común ver a niños pequeños, de hasta seis años de edad, vendiendo cosas en la calle o realizando trabajos ocasionales (Azerbaiyán, 1997). En Armenia, algunos niños sufren de malnutrición, atrofia y raquitismo, a pesar de que las familias se esfuerzan por asegurar que los más pequeños reciban una alimentación adecuada (Armenia, 1995). Un encuestado de Letonia afirma que los niños son un «placer costoso». La situación de las madres a cargo de familias monoparentales es mucho más difícil debido a los problemas logísticos que enfrentan cuando buscan trabajo o tratan de mantener un empleo (Ucrania, 1996). Una encuestada de Ucrania describe su situación de la forma siguiente: «No tenemos nada que comer. Todo el tiempo tenemos hambre. No tenemos ropa que ponernos. No tengo dinero para comprarles a los niños botas, libretas, plumas, o una bolsa para los libros. Mi vida es sólo desolación. No hay nada más ... ni siquiera quiero seguir viviendo. Traje a estos niños al mundo y tengo que criarlos. Si no fuera así, hace tiempo que me habría puesto una soga al cuello y me habría ahorcado» (Ucrania, 1996).

Por otra parte, las mujeres con muchos hijos sufren un estigma social cada vez mayor. Ahora muchas mujeres tratan de limitar el número de hijos que tienen. En Ucrania, se puede obtener un aborto pagando entre 30 US\$ y 50 US\$, pero este precio resulta prohibitivo para las mujeres pobres. Sin embargo, como existe la posibilidad del aborto, mucha gente cree que es insensato que las mujeres tengan tantos hijos en una época de grandes privaciones y tensiones económicas. Esta actitud también es común entre los funcionarios gubernamentales a quienes compete decidir cómo se distribuye la asistencia a las familias pobres. Tras ver frustrados sus esfuerzos por obtener ayuda, una encuestada se negó a volver al organismo de la ciudad responsable de velar por el bienestar de las familias necesitadas: «Lo único que saco es un disgusto, nada más. Me insultan por ser una madre soltera, me lo reprochan. Me dijeron que yo era la culpable de tener tantos hijos y tienen razón. ¡Pero los niños no tienen culpa de nada!» (Ucrania, 1996).

Según las encuestas, las PID se encuentran entre los grupos más vulnerables, y hay cierta animadversión hacia ellas debido a la asistencia que se les proporciona. Una persona comenta lo siguiente: «Sólo los refugiados y las PID reciben asistencia humanitaria, mientras que nosotros tenemos que vender nuestros bienes. Tengo una actitud negativa hacia las PID» (Azerbaiyán, 1997). Desde luego, muchos refugiados y PID no tienen activos que vender, pues se vieron obligados a abandonar sus hogares y todas sus posesiones, muchas veces llevándose sólo la ropa que tenían puesta (Recuadro 2.7).

Recuadro 2.7 Vulnerabilidad de los refugiados y de las personas internamente desplazadas (PID)

Hubiera preferido morir antes que convertirme en una PID.

—Una mujer de Azerbaiyán, 1997

A las PID les resulta muy difícil encontrar trabajo porque se dedicaban a la agricultura o a la ganadería. Les cuesta mucho trabajo acostumbrarse a la vida en la ciudad. —Un hombre de 40 años de edad que antes trabajaba en la agricultura, Azerbaiyán, 1997

Sólo los que están bien de posición pueden creer verdaderamente en el futuro. —Azerbaiyán, 1997

Perdí dos o tres kilos de peso después de cada bombardeo. Tenía una gran ansiedad, y todos sufríamos de hipertensión.

—Un refugiado armeniano, Armenia, 1995

Actitudes hacia el sector estatal

¿Qué clase de gobierno tenemos? ¡Da con una mano y quita con la otra! —Ucrania, 1996

Las actitudes que hay hacia el sector estatal en los países de Europa oriental y la antigua Unión Soviética se derivan de un complejo conjunto de factores. Sobre todo hay indignación general respecto a lo que se considera una desastrosa gestión financiera que dio lugar a la hiperinflación y al desempleo generalizado. Los pobres consideran que el Estado es culpable de su empobrecimiento, de las altísimas tasas de desempleo existentes y de la elevada inflación que ha desvalorizado sus ahorros, salarios y pensiones. Creen que los funcionarios públicos se han aprovechado de su posición social y política para enriquecerse y obtener influencia y lucro personal, haciendo caso omiso de los más necesitados. Al mismo tiempo, después de toda una vida de depender de subvenciones y de programas de prestaciones, muchas personas siguen pensando que el Estado debe solucionar sus problemas y esperan que vuelva a desempeñar el mismo papel que en el pasado. Por ejemplo, en Georgia la gente describe a menudo al Estado como «un padre que debe atender a sus hijos» (Georgia, 1997). Por esta razón, muchos expresan su ira contra lo que consideran como corrupción y mala administración en el sector estatal e indiferencia a su creciente pobreza (véase el Recuadro 2.8).

Por muy exiguo que sea para muchas personas el apoyo estatal, como las pensiones, es su única fuente de ingresos. Sin embargo, en toda la región

Recuadro 2.8. Actitudes hacia el sector estatal

Como el Estado ya no proporciona la asistencia que se necesita y que se espera, la reacción general es de ira, frustración, traición, abandono y, por último, desmoralización.

La gente pone su esperanza en Dios, pues el gobierno ya no hace nada para ayudar. —Armenia, 1995

A los políticos no les importa el sufrimiento de la población. —República de Moldova, 1997

Nuestros dirigentes anunciaron la transición a nuevas relaciones de mercado y nos dejaron abandonados a nuestra suerte, sin preguntarnos si estábamos preparados para aceptar la transición. —Georgia, 1997

Cuando me jubilé tenía 20.000 rublos en mi cuenta de ahorros. Con ese dinero, hubiera podido comprar cuatro automóviles. ¿Pero qué hizo el gobierno a quien le habíamos confiado nuestro dinero? ¡Procedió a reindexar nuestros ahorros y la inflación acabó con ellos! Ese dinero ahora no alcanza ni para comprar pan y agua. Y a pesar de ello, nos dan una pensión que no permite ni siquiera sobrevivir. Con la pensión que me daban antes, 132 rublos, podía vivir holgadamente; con la pensión que recibo ahora no hay forma de poder vivir ni de sobrevivir. —Ucrania, 1996

la gente se queja del trato humillante que recibe cuando solicita asistencia social. Muchos están tan disgustados con la burocracia y la actitud descortés e indiferente de los funcionarios públicos que no proporcionaron ninguna información. Un encuestado de la ex República Yugoslava de Macedonia relata: «Uno tiene que hacer cola e ir de escritorio en escritorio. Los empleados son muy descorteses [y] no le dan a uno la información que necesita» (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998). Otro encuestado se pasó un mes recogiendo toda la documentación necesaria para poder recibir asistencia social, y cuando fue a presentar la solicitud le dieron un número y le dijeron que volviese dentro de un mes. Nunca volvió, en parte porque se sentía avergonzado y en parte porque estaba enojado (ex República Yugoslava de Macedonia, 1998). En Armenia, algunas personas se niegan incluso a solicitar una pensión porque el monto de las pensiones es tan bajo que consideran que realmente son una burla (Armenia, 1995).

Durante el régimen anterior la gente tenía acceso a bienes y servicios gracias a sus conexiones, y a menudo retribuía los favores recibidos con un obsequio o modesto soborno. Esta era la forma de actuar aceptada y prevista, y no planteaba graves problemas. Ahora, sin embargo, este sistema basado en el soborno se ha generalizado y ha adquirido un carácter extremo, dando lugar a obligaciones que están muy por encima de las posibilidades de la mayoría de la gente. Con frecuencia se precisa un soborno para obtener empleo, atención de la salud y servicios sociales. Una persona de Georgia relata: «Hace poco tiempo en la central telefónica me dijeron: “Pague 400 dólares y mañana le haremos la conexión”; ¡son relaciones de mercado!» Otra persona añade: «Si uno no tiene dinero, da lo mismo que estudie o no, pero con dinero incluso un tonto puede matricularse en la facultad de medicina» (Georgia, 1997).

Si bien para muchos de los occidentales la caída del muro de Berlín y la transición social y política resultante marcaron el comienzo de una nueva era de libertad y sin precedentes en la región, para muchos de los habitantes de los antiguos países socialistas la transición representó exactamente lo contrario. En Georgia, «la gente relaciona su pobreza con la falta de libertad, se siente esclavizada por la agobiante carga que tiene que soportar diariamente, por la depresión, por el temor a lo que le deparará el futuro» (Georgia, 1997).

Notas

1. Entre las numerosas fuentes académicas que analizan los diversos métodos cuantitativos de medición de la pobreza están las obras de: Sen, 1997; Foster y Sen, 1997; y Lipton y Ravallion, 1995. Para un análisis menos técnico de los indicadores cuantitativos de la pobreza, véase la obra de Greeley, 1994. Para estudios sobre métodos participatorios y cualitativos de recopilación de datos sobre la pobreza, véanse las obras de Chambers, 1994; Salmen, 1987; Cernea, 1985; y Carvalho y White, 1998.

2. El ciclón que azotó el estado de Gujarat en 1998 afectó a 4,6 millones de sus habitantes, causó la muerte de 1.241 personas y aniquiló 21.993 cabezas de ganado. Véase Bhatt, 1999. El ciclón sufrido en 1999 por el estado de Orissa causó estragos todavía mayores.

3. Véase en la obra de Agarwal, 1992, un análisis a fondo de las relaciones de género y las formas de encarar la sequía y la hambruna en Asia meridional.